

EDICIONES MESA DIRECTIVA

CÁMARA DE DIPUTADOS

En primera persona

Cronología ilustrada
de Jorge Ibarguengoitia



EDICIÓN HOMENAJE
XXX ANIVERSARIO LUCTUOSO

HORACIO MUÑOZ ALARCÓN



CÁMARA DE DIPUTADOS

LXIII LEGISLATURA

En primera persona

Cronología ilustrada de
Jorge Ibarzüengoitia

EDICIÓN HOMENAJE
XXX ANIVERSARIO LUCTUOSO

En primera persona, Cronología ilustrada de Jorge Ibargüengoitia.
Edición Homenaje. XXX Aniversario Luctuoso
Horacio Muñoz Alarcón

Presentación: Diputado Francisco Arroyo Vieyra
Cuidado de la edición: Leonardo Bolaños Cárdenas
Diseño de portada e interiores: Diseño3/León García Dávila
Formación de interiores: Yvette Bautista Olivares, María Luisa Soler

Primera edición: 2008. Municipio de Guanajuato
Segunda edición: noviembre 2008. Senado de la República.
Tercera edición: abril 2013. H. Cámara de Diputados.
© H. Cámara de Diputados, Mesa Directiva.
LXII Legislatura.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

En primera persona

Cronología ilustrada de
Jorge Ibargüengoitia

EDICIÓN HOMENAJE
XXX ANIVERSARIO LUCTUOSO

HORACIO MUÑOZ ALARCÓN



CÁMARA DE DIPUTADOS
LXII LEGISLATURA

Presentación a la tercera edición

Autorretrato al natural

Dip. Francisco Arroyo Vieyra (*)

Sin afeites retóricos. ni subterfugios, Jorge Ibarguengoitia Antillón escribía sobre sí mismo y sus aconteceres existenciales. Así se puede constatar en esta agradecible recopilación, cuyo carácter conmemorativo se actualiza al cumplirse treinta años de su lamentable fallecimiento.

El presente libro está compuesto por material que fue rastreado aquí y allá, con fragmentos de referencias, atisbos y menciones que hizo Jorge de su vida, de sí mismo, su familia, sus amigos, y a veces hasta de sus enemigos.

Así se construye este "Autorretrato", porque a Ibarguengoitia no le dio por la autobiografía. La reseña más completa de sí mismo es la que publicó la revista *Vuelta* en su número 100, en marzo de 1985.

Esta selección de citas tiene el valor de la visión periodística, siempre en deuda con la *objetividad*. Y Jorge cumple con ella, incluso cuando se trata de él mismo, pero la enriquece con el procesamiento literario de su oficio, algo que siempre se agradece cuando se habla de la realidad.

A veces es tan íntimo en su decir, que logra transmitirnos la sensación de que conversa con nosotros. Eso deviene de su arte. De la franqueza y sencillez con las que aborda los temas, como recursos literarios, sin que por ello le falte autenticidad.

* Presidente de la Cámara de Diputados, mayo de 2013.

No es complaciente, aunque sí comprensivo. Su crítica, a la cultura social y a la política, tiene refinamiento. Selecciona el cuadro, como cuando se toma una fotografía, y lo reproduce con fidelidad. Con su aguda fidelidad. Es su visión, frecuentemente con humor, a veces cáustico.

“El humor”, decía, “es una manera peculiar y ligeramente oblicua de percibir las cosas. Como el daltonismo, es algo que afecta permanentemente la visión del individuo, no unas gafas que uno se quita y pone a voluntad”.

La escritura de Iburgüengoitia fluye con facilidad, y al leerla puede propiciar el espejismo de que es algo *fácil* de hacer. Pero eso le viene del oficio de escritor. No de balde hizo, con éxito, obras de teatro, novelas, cuentos para niños y para adultos, crónicas, guiones de cine, artículos periodísticos...

Esa fluidez sólo la pudo lograr con mucha lectura y escritura, mucho vivir, estudio y reflexión, además de genio. Ahí está el arte para hacer las cosas, con lo cual se confirma aquello de que *lo más sencillo es lo más difícil*. Sus imitadores podrían confirmarlo.

Una impresión que deja la lectura de estos textos escogidos, es la de la limpieza de la mirada de Jorge sobre sí mismo. Elude la tentación, tan frecuente en muchos *genios*, de aprovechar que tienen el uso de la palabra para acomodar capítulos de su vida, ya fueran frustrantes o vergonzosos, a fin de hacerla *presentable*.

Iburgüengoitia refiere, como cronista de sí mismo, sus éxitos lo mismo que sus fracasos. Sus pretensiones y sus naufragios. Una súbita *riqueza* o una pobreza resuelta a golpes de imaginación y esfuerzo. No oculta algún sentimiento que podría ser moralmente reprochable, como la satisfacción de una pequeña revancha. Humano, al fin...

Un rasgo importante es que no se lamenta por alguna contrariedad del vivir. Asume, sin aspavientos, que la vida es así, de alternativas.

Por la naturaleza de su composición literaria, y en general por el uso de un lenguaje que no suele ser rebuscado, pareciera que con sus textos nos presenta algo que es *cierto*, *real*. En el caso de sus trabajos periodísticos lo es más, aunque en sus

otras obras no lo es menos. En todos los casos, tiene la fuerza de esa evocación.

La diferencia está en que, si bien Jorge usó muchos hechos y personajes de la realidad para sus trabajos, siempre los sometió al proceso literario. No hacía repeticiones más o menos irónicas de la realidad. Hacía literatura. Es decir, *recreaciones*.

Lo repitió varias veces, al parecer porque no le creían.

“Al escribir *Estas ruinas que ves* traté de evocar mis experiencias en una ciudad de provincia. No me pasó por la mente ni corregirla ni denunciarla, ni mucho menos -esto sería una idiotez- ‘ajustar cuentas con ella’”.

Escribió lo anterior para responder a algún ofendido ciudadano de Guanajuato, su ciudad natal, por suponer que había escrito, no una novela, sino una parodia vengativa.

Sus autoreferencias son un ejercicio de participación a los lectores de sus episodios existenciales. Los consigna, comenta y reflexiona. Es como una invitación a su mesa, o a la sala de su casa. Con un tequila de por medio.

Dele, al menos, dos vueltas a este libro, una por placer y otra por conocimiento. Le aprovechará descubrir a un genio, que, por serlo, destilaba muy buen humor, incluso cuando las cosas no iban bien.



Presentación a la segunda edición

Que lo disfrute

Sen. Francisco Arroyo Vieyra (*)

En el Senado de la República hemos estado preocupados por mantenernos cerca de las manifestaciones de la cultura. Pensamos que la actividad pública es tan intensa que nos aleja de los sentimientos más íntimos que se evidencian a través de la creación artística: *Cuando la política agobia, siempre estará el refugio de la ópera.*

Este año celebramos el 80 aniversario del natalicio de importantes creadores: Carlos Fuentes, Jorge Ibargüengoitia y Manuel Felgueres, que son destacados exponentes de las letras y la plástica nacional.

En esta ocasión, nos ocupamos de Jorge Ibargüengoitia Antillón coeditando con el Festival Internacional Cervantino y con el Honorable Ayuntamiento de Guanajuato, una espléndida recopilación que nos lleva a lo largo de su vida, con pasajes por él descritos, a su muy peculiar manera.

Gracias a la generosidad de Editorial Planeta que hace posible este trabajo, que sin ningún interés de lucro, busca mantener viva la presencia de un importante literato mexicano.

El Senado de la República agradece también a Joy Laville -la última mexicana eminente del siglo XX a muy buen decir de Enrique Krausse- por su disposición de preservar la memoria de Jorge a través de compartir sus recuerdos más íntimos.

* Vicepresidente de la Mesa Directiva del Senado de la República, noviembre de 2008.

A manera de prólogo

Estas ruinas que (no) ves...

José Argueta Acevedo (*)

Un fresquito otoñal, y el tequila a la vista, en medio de un sábado *güevon*, compusieron el cuadro propicio para la ¿ceremonia?: el regreso definitivo, aunque en cenizas, de Jorge Ibargüengoitia al *Cuévano* de sus repulsas -"un agujero de tuzos...un nido de víboras... un manicomio grandote"-, tanto como de su cultura familiar. Omnipresente, no obstante, lo mismo en lo singular de su estilo como en su obra. La inapelable *matria*, que diría don Luis González.

Una suerte de retorno del hijo pródigo, aunque éste no haya tenido la oportunidad de opinar sobre el lance, según se cuchicheó entre la escéptica concurrencia. El día: la víspera de la elección interna priísta.

No hubo mayores preparativos, ni tribunas ni podios. Como tampoco una convocatoria pública. En cambio, sí una improvisación que por leyes del azar resultó virtuosa, porque acabó con los restos de solemnidad que, casi por inercia, llevaban de reserva los representantes de la autoridad.

*Esta crónica fue publicada originalmente en la revista *Milenio Semanal*, en octubre de 1999.

La espontaneidad acabó construyendo una escena cuasi ibargüengoitiana.

Fue voluntad de la pintora Joy Laville, la esposa, con quien, decía Ibargüengoitia, se encontraron “con la tranquilidad de quien se ha enfrentado a su destino”. La consideración fue práctica: “Jorge nació aquí en Guanajuato, y sus padres eran también guanajuatenses, entonces es muy apropiado que sus cenizas se queden aquí, en el parque que era de su bisabuelo” (el general Florencio Antillón), comentó con toda tranquilidad la viuda.

Todo esto de llevar los restos del famoso guanajuatense a su tierra empezó hace tres o cuatro meses, en la sobremesa de una comida en la casa de Nadia Piamonte, en Cuernavaca. Laville externó su inquietud sobre la suerte que correrían las cenizas de Ibargüengoitia cuando ella muriese, pues resulta que desde 1983 -cuando *Avianca*, la línea aérea colombiana de la tragedia, se las entregó, no en una urna, sino en una botella desechable- las conservaba en su casa. Presente en la reunión, el diputado federal del distrito guanajuatense, Francisco Arroyo Vieyra, propuso el traslado a Guanajuato y Joy aceptó.

En el centro del acto ya había una cuchufleta, que, sin embargo, quedará para la posteridad. En complicidad con Arroyo, el artista local Javier Hernández, *Capelo*, escribió en la placa de mayólica que cubre el nicho en el que quedaron las cenizas: *Aquí descansa Jorge Ibargüengoitia, en el parque de su bisabuelo, que luchó contra los franceses...* lo que es una verdadera patraña. Para los no enterados: el propio Ibargüengoitia relata que su bisabuelo llegó a Puebla “con una mala suerte notable, el día, o un día después de la batalla”.

La asistencia no llegaba a la treintena, de los cuales la mayoría éramos ciudadanos de a pie, aunque todos célebres. Algunos contemporáneos de Ibargüengoitia, varios políticos priístas, sintomáticamente ningún panista y, extrañamente, tampoco perredistas. Partícipes del chisme, mucho se comentó la ausencia de *La mujer que no*, porque además ya vive en el

pueblo, pero más la promesa de *Sarita*, esa sí, presente, que anunció que a partir de entonces todos los días llevará flores a Jorge.

Un desaliñado, aunque cumplidor, maestro de ceremonias, daba los turnos de las intervenciones. A una escueta semblanza siguió el discurso periférico del presidente municipal, Luis Felipe Luna Obregón, quien sólo se congratuló, a nombre de la ciudad, del suceso, sin meterse en berenjenales alegóricos, como la *Reconciliación de la Ciudad con su Hijo*, de los que seguramente no iba a salir bien librado. La periodista, del diario *A.M.*, Shaday Larios -nieta de un duro conservador universitario -leyó una evocación de Joy Laville que se publicó hace 14 años en *Vuelta*, mientras el historiador, y colaborador del diario *Correo de hoy*, Arturo Miranda hacía lo propio con un artículo de Ibargüengoitia sobre sí mismo.

Pero faltaba lo mero bueno. Invitado de última hora, como él mismo lo confesó, el Padre Fonseca fue a ofrecer la Oración Fúnebre del caso. Empezó por reconocer que nunca había leído a Ibargüengoitia, aunque prometió hacerlo a partir de ahora. Ofreció esforzarse en la improvisación, a la que atribuyó virtudes divinas. Citó que se había dicho que al recordado le gustaban las mujeres, y lo disculpó interrogando al infinito: *¿Quién no ha sido tentado...? Hasta los santos*. Es decir...

El sacerdote aventuró que si Ibargüengoitia había sido dotado por Dios para escribir, y si eso había hecho su felicidad y así lo había servido bueno era, y seguro gozaba del Reino de los Cielos. Dijo también que ahora que estaban ahí en el parque, a ver si no llegaba alguien que se robase las cenizas... Agotado su discurso, anunció el fin: *Es todo, los dejo. Me tengo que ir, porque tengo otra movida*, se despedía, mientras se frotaba las manos.

La conclusión fue general: era un cura escapado de algún cuento de Ibargüengoitia.

A los tequilas, parte del homenaje porque era la bebida predilecta de Iburgüengoitia, aunque con ello las propias autoridades violaban el Bando de Policía y Buen Gobierno, que prohíbe beber alcohol en la vía pública, las murmuraciones se generalizaban. *Que si a Jorge le encrespaban las ceremonias; que qué hacía un cura ahí, si seguro era ateo; que por su legendaria crítica a Guanajuato acaso Jorge no hubiera querido reposar en su ciudad natal; que quién sabe si esas eran las cenizas de Jorge, o de él y muchos otros, porque se recordó que entre los restos del avionazo sólo se le identificó por un zapato...*

Cotilleos aparte, el autor dramático que acabó prefiriendo escribir novelas, no era ateo, sino católico, aunque a la postre el asunto religioso lo dejase indiferente, como lo recordó su muy cercano amigo, el pintor guanajuatense Luis García Guerrero, ya fallecido también. Gabriel Zaid recuerda: “Iburgüengoitia venía del catolicismo (si es que lo abandonó)...”

Respecto a Guanajuato, la relación siempre fue conflictiva, pero no de ruptura. García Guerrero decía que: “No era un guanajuatense orgulloso de serlo, y consideraba que haber nacido allí había sido un accidente”. A Margarita Villaseñor, Jorge le confesaba: “Me fui antes de cumplir un año de edad. Pero Guanajuato se fue conmigo. Mi mamá, mi tía... Los recuerdos que ellos tenían”. Y también: “Guanajuato es mi casa, es mi gente, es mi familia... pero uno siempre reniega de la familia porque no la escogió”. Sin embargo: “Guanajuato es mi punto de partida... aunque a veces pienso que es puro recuerdo”.

Ya achispados con el tequila, agonizante el acto, ocurrió un suceso que a muchos apenó, pero también movió a sugerir de nueva cuenta que un travieso espíritu de Iburgüengoitia *se manifestaba*: un traspie hizo caer de bruces a Eugenio Trueba, y le produjo una leve herida e inflamación en la entreceja, sin mayores consecuencias. A Trueba, dos veces rector de la Universidad de Guanajuato y expresidente del

Supremo Tribunal de Justicia, se le ha llegado a considerar la antípoda guanajuatense de Iburgüengoitia. Y sí, tuvieron diferencias públicas que llegaron a la agria polémica y al final distanciamiento.

De cualquier manera, *Iburgüengoitia* regresó a Guanajuato. Si el acto es reconciliatorio, los *cuevanenses* tendrían que decirlo: no se sabe de alguna obra de él que hayan editado la Universidad de Guanajuato o el Instituto de Cultura de Guanajuato. Tal vez ahora sí surjan las ganas de recuperarlo de verdad.



En primera persona

Cronología ilustrada de
Jorge Ibarzüengoitia

Jorge L.



1928

“Nací en 1928 en Guanajuato, una ciudad de provincia que era entonces casi un fantasma. Mi padre y mi madre duraron veinte años de novios y dos de casados. Cuando mi padre murió yo tenía ocho meses y no lo recuerdo. Por las fotos deduzco que de él heredé las ojeras.”

JORGE IBARGÜENGOITIA DICE DE SÍ MISMO

Vuelta, marzo de 1985

en Instrucciones para vivir en México, p. 13.



1932

“Vivíamos en la calle de Londres [número 17] en una casa larga: primero estaba la verja, después un jardín de un metro de ancho, con lirios, la terraza, la sala, la antesala, el comedor, cuatro recámaras, el baño, el patio de servicio y al fondo la cocina. Cuando estábamos en la mesa oíamos los taconazos de la criada que tenía que recorrer la casa entera para traer el siguiente plato. Todo esto estaba comunicado por un pasillo largo y oscuro, con lambrines de madera y cortinas de terciopelo color chedrón. Este pasillo terminaba en un cancel, detrás del cual estaba la mesa de planchar y los baúles de la familia. Se llamaba “el cuarto de los mundos”.

En la cocina había un filtro para agua hecho en Inglaterra, un gran brasero en donde a la cocinera se le incendiaba la manteca al echar el recaudo y la estufa enorme de leña, que nunca se usó más que como guardadero de desperdicios.

En las mañanas mi abuela se sentaba en la terraza, que era el único lugar donde daba el sol. A veces yo iba a acompañarla. Veía pasar los “ómnibus”, blanco y rojo, “San Luis”. Mi abuela me contaba de cuando hizo el viaje de Guanajuato a México con “la conducta” -una especie de caravana escoltada-, del asesinato de Carranza y de cómo Huerta mandó matar a Madero.

Mi abuela, mi abuelo, mi tía Emma y un libro intitulado *La guerra de Italia*, fueron las influencias intelectuales dominantes de aquella época.

Mi abuelo me enseñó a leer el reloj.

Un día me dijo:

–Ven a mi cuarto a las nueve y media, que voy a darte clase de inglés.

Al día siguiente me enseñó you, me, yes, no, y al terminar, me dijo:

–Muy bien. Mañana voy a darte clase de francés.

En la cocina la sobremesa era apocalíptica. Chole, la criada más vieja, profetizaba temblores si el cielo estaba colorado; si la luna estaba amarilla, hambre en todo el mundo; se acordaba del cólera morbo y de los muertos a carretadas y aseguraba haber visto varios desaparecidos.

Una tarde de cuaresma las criadas decidieron llevarme al cine por primera vez. Ahora comprendo que fuimos al Bucareli, a ver *Rey de Reyes*. En el camino nos agarró un chubasco cuaresmal, mezclado con tolvanera. Al cruzar la calle de Atenas, frente al reloj chino, el ventarrón volteó al revés el paraguas de Chole, provocando una imagen que me persiguió muchos años.

Fue tarde de traumas. Cuando se apagaron las luces, me alarmé, cuando salió Jesucristo, empecé a llorar, y el público, para consolarme, gritó: “¡Que lo ahorquen!”.

Cuando Cárdenas mandó cerrar el Club Agua Caliente, en Tijuana, mi tío Fede y mi tía Hortensia, mi primo Fede y mi prima Hortensia, que habían pasado siete años en San Diego, fueron a vivir a la casa de la calle Londres. Hubo que agregarle dos tablas a la mesa y yo me mudé al cuarto de mi madre.”

LAS DOS Y CUARTO (un recuerdo)
en Sálvese quien pueda, p. 31-37

“Mi abuelo tenía el ceño fruncido más eficaz que he conocido. Un día, no recuerdo qué hice -probablemente arrojé chícharos contra las estatuas de latón que había en el comedor- mi abuelo frunció el ceño y yo me escondí debajo de la mesa.

Cuando me preguntaron:

–¿Qué te pasa, niño? ¿Qué haces allí debajo?

Volví a mi lugar y seguí comiendo. Ni mi abuelo dijo “este niño es un puerco”, ni yo dije “mi abuelo me atormenta”.

Así eran las relaciones entre los niños y los mayores en 1932.

Yo usaba abrigo de martingala para ir al cine; me peinaban con goma de tragacanto; cuando estorbaba en la mesa, mi madre me decía: –Pide permiso para que te puedas ir.

En aquella época las familias vivían creyendo que estaban muriéndose de hambre, pero se comía más que ahora, y mucho mejor. Como yo era el único niño en la casa, comía con la gente grande. Cuando me traían algo que me daba asco, por



ejemplo, sesos empanizados o riñones al jerez, no tocaba el plato. Mi abuelo decía:

–Que le traigan al niño un bistecito.

Era el principio de la discusión, porque mi madre, que siempre se consideró a sí misma una mujer enérgica decía:

–Nada de comida especial: si no le gusta lo que hay, que no coma. Acabé comiendo de todo.”

MEMORIAS DE MESA
en Sálvese quien pueda, p. 46

“La primera vez que me llevaron a la hacienda [San Roque], en 1932, la casa había estado en manos de la familia Zamora, que habitaba en un galerón en donde se decía que espantaban. Víctor Zamora, el trojero de esa época y cabeza de la familia del mismo nombre, había recibido las llaves y la “parabela” -*la Parabellum*- que era un pistolón que guardaba bajo la almohada y que servía para diparar al aire cuando se sentía amenazado por algún peligro inminente. Afortunadamente nunca hubo desgracias personales.”

EN UNA HACIENDA DEL BAJÍO
Servidumbre y grandeza, 8 de enero de 1971
en La casa de usted y otros viajes, p. 70.





“Mi primera aventura hotelística en Guanajuato la tuve a los cuatro años, cuando regresé con mi madre después de un año de vivir en México, antes de irnos al rancho. Supongo que llegamos -en el tren llamado “la burra”- muy noche, porque en vez de irnos a la casa de la Presa nos fuimos al Hotel Unión. A mí me pareció elegantísimo.

La casa de la Presa, en donde yo casi nací y en donde había vivido hasta los tres años, me pareció rarísima. Estaba llena de olores extraños a los que nunca me acostumbré y que no he olvidado. Borra podrida, mimbre mohoso, por el zaguán de la casa entraban unas hormigas que al ser aplastadas despedían un olor fétido, característico, único e inolvidable. No había libro en la casa que no tuviera huellas de la inundación de 1907.”

VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA
en Autopsias rápidas, p. 222.



1934

“El Viernes Santo más devoto que recuerdo, lo pasé en Guanajuato cuando yo tenía seis años. Mi madre y yo acabábamos de llegar a esa ciudad para una visita de varios días. Fuimos a la casa de unas tías que eran ratas de sacristía y las encontramos entusiasmadas: el programa que había en la parroquia para conmemorar la muerte de Cristo era de primera.

Habían contratado tres predicadores de los más famosos para que echaran sermones con motivo de la traición de San Pedro, el Aposentillo, las Tres Caídas y las Siete Palabras. Mis tías terminaron la descripción recomendándole a mi madre:

—¡No te lo pierdas!

Y no se lo perdió, ni yo tampoco. Lo que dijeron los predicadores me entró por una oreja y me salió por la otra, pero el olor de los fieles, y la manera como cambiaba el aspecto de las cortinas moradas conforme el sol se movía es algo que no he olvidado. Son las horas de tedio más perfectas que he pasado en mi vida.”

VIERNES SANTO
en Sálvese quien pueda, p.68.

1935

“A los siete años había yo escrito mi primera obra literaria. Ocupaba tres hojas que recorté de una libreta y que mi madre unió con un hilo. No recuerdo que escribí en ellas, ni qué tipo de letra usé, pero todos los que vieron aquello estuvieron de acuerdo en que parecía un periódico.”

LAS DOS Y CUARTO (un recuerdo)
en Sálvese quien pueda, p. 38-39.



“Cuando tenía siete, mi abuelo, el otro hombre que había en la casa, murió.”

JORGE IBARGÜENGOITIA DICE DE SÍ MISMO
Vuelta, marzo de 1985
en Instrucciones para vivir en México, p. 13.

“Un día, el médico le recetó a mi abuelo que tomara cerveza en la comida todos los días, porque estaba perdiendo peso en forma alarmante. Llevaron un cartón a la casa, él destapó una botella, sirvió en un vasito y me dio a probar. Me supo amarguísima, pero me sentí tan honrado de que me dieran una bebida de gente grande, que dije que me parecía muy sabrosa. Quedé “enganchado”. Ahora comprendo que fue uno de los momentos culminantes de la vida.

Mi abuelo, que tenía setenta años y yo, que tenía siete, éramos los únicos que bebíamos cerveza en la casa. Las mujeres: mi abuela, mi madre y mis tías, no podían ni probarla. Tenían traumas: cuando eran chicas, les habían dado cerveza con aceite de ricino.

En consecuencia, beber cerveza era cosa de hombres, y de gente grande.”

LA CARRERA DE LOS BORRACHOS (PRIMEROS PASOS)
en *Sálvese quien pueda*, p. 74.

1936

“Del techo del cine Bucareli colgaban seis lámparas, durante los entreactos me recargaba en el antepecho del anfiteatro, me asomaba a la luneta y las veía reflejadas en las cabezas de los calvos. Yo era un niño de ocho años que iba al cine una vez a la semana. Los programas del “Bucareli” en 1936 consistían en una película seria, otra de vaqueros, un noticiero y un corto, que durante una temporada que ha de haber durado varios meses fue siempre de Buster Keaton. En el “Bucareli” vi también *Tiempos modernos*. La secuencia de la máquina para comer elotes me quedó grabada para siempre, pero hay otra cosa que me impresionó más en esta primera vista de la película: la situación del hombre que está contento en la cárcel porque tiene seguridad y se entera con horror de que su sentencia ha sido acortada en consideración a su buena conducta.

En esa época me encantaban las películas de Laurel y Hardy, pero mi recuerdo de ellas está desvirtuado por un juicio desfavorable, el de mi madre, que consideraba que el Gordo era completamente imbécil, ella decía, “muy sandío”.

–Siempre hace lo mismo -decía mi madre. Ahora le va a caer otro ladrillo.

Y así era, en ese momento le caía otro ladrillo. Esta censura materna, que iba en contra de mis sentimientos y que no se aplicaba a Chaplin o a Keaton, a quienes ella admiraba, me dejaron durante años con la idea de que Laurel y Hardy eran cómicos divertidos pero de segunda categoría.

La única película de los hermanos Marx que vi en mi niñez fue *Un día en las carreras*. No me gustó ni me disgustó porque la encontré demasiado confusa.”

CÓMICOS
en Autopsias rápidas, p. 168-169



“Uno de los documentos fundamentales en mi desarrollo emocional fue el horóscopo que calculó hace cuarenta años un compañero de oficina de mi tía Emma, que era astrólogo en sus ratos de ocio. Después de hacer los cálculos escribió los resultados minuciosamente, a renglón seguido, en un papel oficial. Por ser yo acuario nacido en domingo, a las doce del día, en tal y tal fecha -decía la única parte que se me quedó grabada-, estaba destinado a tener problemas con el agua y el fuego.

Aparte de que durante años viví obsesionado con el peligro que corría ante estos elementos, el horóscopo en sí pereció víctima de uno de ellos -en el calentador de agua- pero a mí todavía no se me olvida la predicción y de vez en cuando me pregunto si no estoy destinado a acabar mis días en un *Coconut Grove* del futuro.*

Mis experiencias con agua no han sido hasta la fecha atroces. En cambio, el fuego, sin llegar a ser catastrófico -estoy tocando madera-, ha sido un tema recurrente.

El primer incendio que hubo en mi casa ocurrió unos cuantos meses después de confeccionado el horóscopo. Yo era un niño de ocho años que estaba jugando con sus soldaditos, cuando de repente el chofer de la casa de junto empezó a golpear la ventana como si quisiera romperla. Cuando abrimos para reclamarle nos anunció que nuestra casa se estaba incendiando. Debo advertir que la incredulidad ante el incendio es un tema tan persistente en mi vida como el incendio mismo. Mientras mi tía Emma, que estaba a punto de irse a misa con sombrero y guantes, iba a investigar si era cierto que había un incendio, mi abuela se puso a rezar una oración especial para el caso y yo fui a pararme afuera de la puerta del baño, donde mi madre estaba tomando uno de tina.

-Mamá, se está quemando la casa.

Su respuesta todavía me asombra, por la lógica.

-Bueno, pues llamen a los bomberos.

En ese momento mi tía Emma entró triunfal por el pasillo con los guantes carbonizados y una estela de criadas

* *Coconut Grove*: salón de baile donde murieron achicharradas cientos de parejas que bailaban alegremente *big apple*.

admiradas. Ella sola había arrancado las cortinas en llamas y brincado sobre ellas. Cuando el chofer que había dado la alarma preguntó cómo nos había ido de incendio, ella contestó, entre el humo, que no había pasado nada.

Otro momento culminante ocurrió diez años después, la primera vez que estuve en Francia. Íbamos en un autobús repleto de niños franceses vestidos de boy scouts cuando notamos que la gente que estaba en las tabernas que había a orillas de la carretera se nos quedaba mirando como si tuviéramos animales en la cara. Era que el camión se estaba incendiando. Cuando las llamas empezaron a lamer el parabrisas, el chofer detuvo el vehículo y gritó en francés algo que debe haber sido “sálvese quien pueda”. Las escenas que siguieron fueron completamente ridículas. Los niños se dieron trompadas por llegar antes a la puerta, los maestro-scouts perdieron la serenidad y brincaron por las ventanas, hubo dos descalabrados, etcétera. Cuando el chofer logró apagar el fuego con el extintor, arriba del camión sólo quedábamos dos, otro mexicano y yo, que no habíamos logrado ponernos de acuerdo en si sería mejor bajarse cada quien con su mochila o bajarse uno primero y el otro quedarse arriba para pasar las mochilas por la ventana. Gracias a que el incendio se apagó, quedamos como héroes, después de portarnos como idiotas.

El último incendio del que hay que informar hasta el momento -y sigo tocando madera- empezó como celebración de aniversario de bodas. Íbamos a cenar camarones a la *borgoñona*. Pusimos a calentar sobre la estufa un sartén de cobre lleno de aceite y nos fuimos a la sala a platicar. Nos dimos cuenta de que algo raro estaba pasando cuando empezaron a vibrar las vidrieras. Cuando entramos a la cocina el sartén se había convertido en una lámpara de Aladino a lo bestia, el yeso del techo empezó a caerse en pedazos, las cortinas de cabeza de indio y cochambre ardían como yesca. Otra vez la serenidad se apoderó de mí. Me quedé en el incendio hasta que con un soplo como de Eolo apagué la última llama. Mi mujer dice que me porté como Steve McQueen.”

EL FUEGO Y LA SANGRE FRÍA
en *Autopsias rápidas*, p. 225-226.

“El misterio de la vida, es decir, de dónde venimos y cómo nacemos, me fue explicado de manera prístina el primer día que fui a clases en tercero de primaria en el “Instituto Centroamérica”, por mis compañeros, que acababan de enterarse. No recuerdo haber sido incrédulo.”

EDUCACIÓN SEXUAL
en *Sálvese quien pueda*, p. 44. 1938

1938

“Un día llegó a mis manos un libro que me pareció mucho más interesante que los demás. Se llamaba *Las dos y cuarto*. En el primer capítulo el protagonista iba a un bufete de abogados en donde le informaban que era coheredero de un tesoro.

El asunto me pareció fascinante y tanto me estimuló que empecé a escribir una novela. Se llamaba *Las dos y cuarto*.

La novela original comenzaba: “Estaba yo sentado en la sala de espera del bufete Hartmann, Hartmann & Cadbury...”

La que yo escribí comenzaba “Estaba yo sentado en la sala de espera del bufete Hartmann, Hartmann & Cadbury...”

Cuando mi tía Hortensia leyó esta frase después de la cena, todos se quedaron pasmados de que a un niño de diez años se le ocurrieran tantas cosas.”

LAS DOS Y CUARTO (un recuerdo)
en *Sálvese quien pueda*, p. 38-39.

“Una característica de los objetos antiguos es que con la facilidad con que llegan, se van. Por muchos años, los muebles Luis XIV estuvieron en el rincón de mayor solemnidad que había en la casa, fueron una de las posesiones más preciadas de la familia, motivo de orgullo para sus dueños y de envidia para los visitantes.

Todo esto terminó el día que nos cambiamos a avenida Chapultepec 225, departamento C. Llegó el camión de la mudanza a su destino, se empezaron a bajar objetos y cuando llegó el turno de los muebles Luis XIV se descubrió que no

entraban por la puerta principal, ni “volándolos” por una ventana, ni metiéndolos por la sastrería de al lado. ¿Qué hacer?

Mi madre resolvió el problema con la rapidez de decisión que antes la hizo buena compradora de chácharas: vendió los muebles Luis XIV a una señora judía que iba pasando por la calle.”

EL CHACHARERO MODERNO
en Autopsias rápidas, p. 204.



“Uno de los éxitos académicos más grandes que tuve en la primaria ocurrió cuando cursaba el quinto año. El profesor Farolito, hizo una pregunta de Geografía, que no sólo no recuerdo, sino que estudiando el mapa no puedo ni siquiera imaginar en qué consistió. Supongo que ha de haber estado formulada más o menos así:

–¿Cuál es el río del Canadá que nace en las montañas N y desemboca en el lago M?

Se la hizo a un alumno que estaba sentado en la primera fila;

–El San Lorenzo- contestó el interrogado.

–Falso- dijo el maestro y señaló al alumno que estaba sentado junto, para indicar que era su turno de responder.

–Saskatchewan- contestó éste.

–Falso.

Fue preguntando, uno tras otro, a cuarenta alumnos. Todos ellos, que eran completamente imbéciles, dieron por respuesta una de las dos que ya estaban probadas falsas. Hasta que por fin me tocó el turno de responder.

–El Mackenzie- dije.

Farolito casi se desmayó de gusto.

–¡Dos puntos a Ibasgonguitia!– ordenó. Nunca logró pronunciar mi nombre correctamente.

Me puso como modelo de aplicación. Como ejemplo de que basta con poner atención a lo que se dice en clase para saber las respuestas. Mi triunfo hubiera sido más completo si no se le hubiera ocurrido al profesor pedirme que explicara a mis compañeros cómo había yo llegado a la conclusión de que la respuesta correcta era “Mackenzie”.

Yo expuse lo siguiente:

–Al hablar de los ríos del Canadá sólo se han mencionado tres nombres: San Lorenzo, Saskatchewan y Mackenzie. Si usted ya había dicho que la respuesta correcta no era ninguno de los dos primeros, tenía que ser el tercero.

La nariz de Farolito se encendió:

–¡Dos puntos menos a Ibasgonguitia!”

EL PUENTE DE LOS ASNOS
en Viajes en la América Ignota, p. 160-162

1939

“Yo conocí Acapulco en 1939, lo he visitado unas veinte veces bien distribuidas entre esa fecha y ahora, y creo que siempre ha sido engañoso: ni fue paraíso, ni es ahora infierno. Más exacto sería decir que dentro de lo horrible siempre ha sido maravilloso.

En las tardes pasaban los pelícanos en formación, a lo lejos se veían las colinas, en la noche, en la bocana se encendían las lucecitas de los pescadores. Pero cuando decía uno: ¡Esto es el paraíso!, se le metía a uno una piedra en un zapato, del caño salían cucarachas enormes, empezaba uno a sofocarse. Iba uno al cine y un bromista gritaba “¡fuego!”, se comía uno un tamal, y encontraba un pelo adentro. Un día, mi tía Lola Baldwin consiguió un lenguado y nos invitó a comer *filet de sole au citron*. No pudo encontrar limones en todo el puerto. En otra ocasión hubo un banquete. Cuando nos sentamos a la mesa, se apagaron las luces. No había velas.

Durante varios días el agua sabía a rayos. Con muchos trabajos, mi madre logró convencer al mozo de meterse en el pozo a investigar. Regresó a la superficie con el cadáver de un sapo.

Mis peores recuerdos los tengo de la escuela. En un mismo salón estábamos los de tercero, cuarto, quinto y sexto. Además de darnos clase a todos, la maestra tenía tiempo de tejer una chambrita eterna. Tenía el pelo blanco y vestía de negro. Estoy seguro de que no me enseñó nada.”

ACAPULCO *¿Paraíso perdido?*

9 de abril de 1974

en *La casa de usted y otros viajes*, p. 39-40.

“Ya había turistas en aquella época. No muchos, pero de vez en cuando llegaban familias cargando toallas y con ganas de comer pescado fresco. Se hospedaban en un hotel, iban por la mañana a Caleta, por la tarde a Hornos y en la noche a La Quebrada, en donde a nadie se le había ocurrido echarse de clavado. Las sillas y las enramadas eran algo desconocido y

uno podía pasarse el día en la playa sin que nadie viniera a ofrecerle un coco con ginebra.

Había una cantina, *Los Siete Mares*, en donde podíamos entrar los menores de edad a comer callos de hacha y percebes, y a grabar, con una navaja, nuestros nombres en las mesas de madera oscura.

Había un solo cine, *El Salón Rojo*, cuyas funciones empezaban al anochecer, porque no tenía techo.

Desde donde yo vivía, que era la playa de Hornos, se veían las luces del puerto. Recuerdo que yo, al ver aquellas luces, imaginaba salones immaculados llenos de gente elegantísima, tomando bebidas heladas. Tardé años en darme cuenta de que las luces que veía eran las del alumbrado público y que lo que en realidad iluminaban eran callejones precipitosos, por donde no transitaban más que las cucarachas. En los cinco meses que pasé en Acapulco en 1939, entraron al puerto cuatro barcos, sin contar al G-26, que entraba y salía a cada rato. Dos de esos barcos eran peruanos y de guerra. Dispararon veintiún cañonazos y el fuerte les contestó con catorce, porque se acabaron las salvas.”

ACAPULCO: PUERTO INSEGURO
Desastres del progreso, 14 de abril de 1970
en ¿Olvida usted su equipaje?, p. 71-72

1940

“Cuando entré en los scouts, en 1940, las cosas eran muy diferentes. Teníamos un jefe de grupo que nos preguntaba a quemarropa: “¿Cuál es el sexto mandamiento del código scout?” Y el interrogado tenía que contestar sin titubear: “El scout es cortés y caballeroso”, o bien: “El scout es hermano de todo scout sin distinción de raza, credo, nacionalidad o clase social.”

Estábamos divididos en dos. Unos eran “los disidentes” y nosotros “los reconocidos por Londres”.

Después descubrí que “los disidentes” también estaban reconocidos por Londres.

“Los disidentes” eran seres mitológicos. Había uno que podía caminar tres días comiendo nomás pinole. Otro que sabía distinguir los hongos venenosos de los inofensivos y no sólo eso: se atrevía a comerse los que él consideraba inofensivos. Había otros que plantaban la tienda de campaña en una plataforma de ramas arriba de un árbol.

Los que éramos niños en esa época llegamos a ser expertos acampadores y grandes caminantes, pero el espíritu no nos entró. Yo nunca, en los años que estuve en los scouts, me sentí hermano de nadie y nunca logré acordarme de hacer la “buena acción cotidiana”.”

ENTRE HERMANOS
en *Autopsias rápidas*, p. 208-209.



1941

“En aquella excursión memorable, nos bajamos en la estación El Parque, que está en el lomo de la cordillera del Tepozteco. Era un mediodía de febrero y yo tenía trece años. No puedo decir que el lugar me diera miedo, pero sí me imponía respeto. El lugar era muy extraño y diferente a los lugares donde acostumbrábamos salir de excursión. El sol pegaba muy fuerte, los árboles y los matorrales estaban pelones, la piedra era negra, el zacate estaba blanco y había chicharras cantando.

Nos cruzábamos con hombres que nos saludaban y nos miraban como si fuéramos animales raros -íbamos vestidos de boy scouts-. Cuando llegamos a la pirámide, no me interesó nada. No podría describirla. Estaba yo absorto en mis botas. Eran *Ten-Pac*, viejas, a las que el zapatero había agregado las últimas medias suelas que mandé poner en mi vida. El roce de las piedras del camino desgastó las cabezas de los clavos, se cayeron las medias suelas y me quedé caminando sobre las plantillas. Así llegamos a Tepoztlán.”

VARIOS SUSTOS

Viajes a Tepoztlán

1o de marzo de 1974

en La casa de usted y otros viajes, p. 24.

1942

“Cuando trato de recordar el proceso de mi aprendizaje escolar, uno de los puntos más misteriosos es por qué aquellos personajes que se subían en el estrado habían elegido la carrera de profesores. ¿Habrán estado muertos de hambre? ¿Encontrarían algún placer en pasar parte del día frente a cincuenta muchachos aburridos, en el mejor de los casos, o amotinados, en el peor?

Uno de los profesores que recuerdo con mayor precisión era “La Coqueta”. Daba clase de Historia Universal. Era un tirano. Se sentaba en el borde del escritorio y apuntaba con el dedo al alumno que había elegido como víctima.

Cuando se enfadaba decía, “¡Ay, que fastidio!”

A pesar de que estudié su materia con gran cuidado y saqué diez al final del año, todo lo que recordaba de la Guerra de los Treinta Años al recibir la boleta, es que había durado treinta años.

Una de las materias que, por alguna razón misteriosa, nos interesaban más en los años de secundaria y preparatoria era la química. Teníamos un libro muy gordo con dibujos y esquemas, que tenía textos como el siguiente: “Propiedades: es un líquido viscoso de olor repulsivo que puesto sobre la piel produce escoriaciones. Es muy venenoso. Manera de obtenerlo...”

Otras materias, como por ejemplo, las Etimologías, que no tenían ningún interés y que evidentemente no tenían tampoco importancia ni aplicación práctica, se dificultaban porque el maestro que las enseñaba era un ogro.

–Ustedes son unos masticadores de carroña -nos decía el profesor Baldas.

Tenía unas narizotas y el convencimiento de que había vivido heroicamente.

-Tres veces me formaron cuadro. Tres veces he estado frente al pelotón de fusilamiento.

Desgraciadamente no llegó a ser ejecutado y vivió para hacerme pasar setenta de las horas más soporíferas de mi vida.

Otras horas detestables eran las que pasábamos con el “moscardón”, que en paz descansa.

Logró lo increíble: hacer aburrido un curso de *México Independiente*”.

LA SITUACIÓN ESCOLAR

Memorial de un alumno

16 de abril de 1971

en Instrucciones para vivir en México, p. 250-252

1943

“Durante varios años temí que mi madre hiciera de tripas corazón, y me explicara a solas los misterios de la vida.

Afortunadamente esto nunca ocurrió -ninguno de los dos hubiera sabido qué cara poner en circunstancia tan solemne-. Lo que en realidad sucedió fue que pasó el tiempo, y cuando yo tenía quince años, mi madre me preguntó:

-Bueno, tú ya sabes todo lo que tienes que saber, ¿verdad?

-Sí, mamá.

-¿Entonces, ya no tengo nada que explicarte?

-No, mamá.

-Así es mejor.

Así quedó la cosa. Creo que este procedimiento es más sencillo que andar presenciando partos en bola.”

EDUCACIÓN SEXUAL
en Sálvese quien pueda, p. 44-45.

1945

“Mi memoria me manda a la calle de Justo Sierra, en el año 1945, en la cola que dice “alumnos de primer ingreso”. ¿Si esto no era el caos, qué era?

Esto era el ingreso. Una vez dentro, las cosas cambiaban.

La pasaba uno muy bien. Yo llegué a estar muy a gusto en la escuela de Ingeniería.”

NOTICIAS DEL ALMA MATER
¿Al borde del caos?
11 de agosto de 1972
en Instrucciones para vivir en México, p. 265-266.



1947

“Don Juan Lainé, que era el jefe scout en esa época, arregló con un general muy importante, que era compadre suyo, que a los scouts de diecinueve años se les eximiera del servicio para que estuvieran en condiciones de salir de excursión y hacer otras cosas más interesantes. Nomás que para llegar a ese punto era indispensable pasar un pequeño examen sobre la instrucción militar, que era, nos dijeron, “una mera formalidad”.

El día del examen yo le expliqué al coronel cuáles eran las diferentes partes de un arma. Dónde estaba el gatillo, cuál era el cerrojo y por dónde salía la bala. Felguérez hizo una demostración de cómo presentar armas. El scout llamado “la Campechana” se arrastró por el piso como quien va a saltar un nido de ametralladoras, etcétera. Todo iba a pedir de boca, cuando le tocó el turno de ser examinado al scout Morvidio, que era un retrasado mental, como se verá dentro de un momento. A él le tocó responder una serie de preguntas sobre patriotismo elemental y ética militar.

—¿Cómo se llama esto que viene usted a hacer aquí todos los domingos?- preguntó el coronel.

—Marchar.

—Sí, pero ¿cómo se llaman estos batallones que están aquí parados?

Son los batallones del Servicio mi-li-...

—Ah! Del Servicio Militar Obligatorio.

—¿Cómo que obligatorio? ¿Por qué viene usted aquí los domingos?

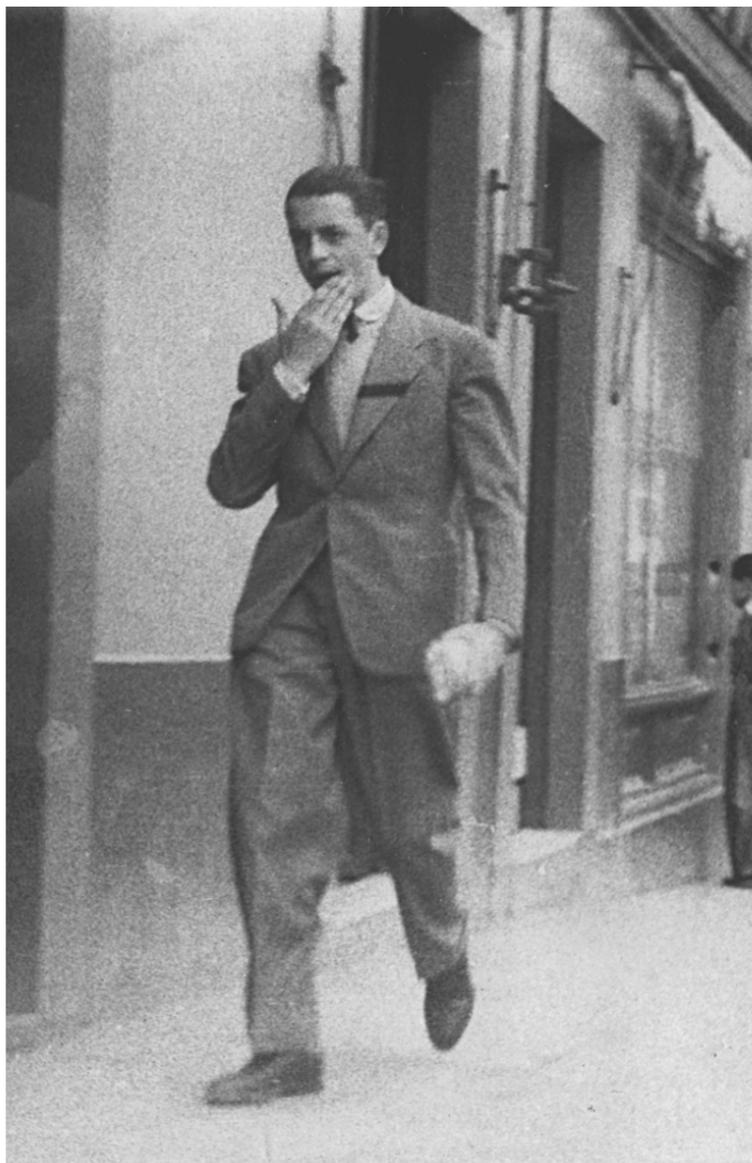
Éste era el momento en que Morvidio debería haber contestado: “¡Por patriotismo!” No lo hizo. Contestó “porque me obligan” y todos seguimos marchando.”

A MEDIO CAMINO

Taxis para el pueblo

25 de junio de 1971

en Misterios de la Vida Diaria, p. 232.



“-Si tu vas al *Jamboree* -me dijo el maestro Nicodemus-, yo no voy.

Yo lo miraba estúpidamente. Nunca imaginé que se fuera a poner así.

-Eres un anarquista y vas a fomentar el desorden -explicó Nicodemus.

Jamboree, que quiere decir “junta de las tribus” en uno de esos idiomas que nadie conoce, es en realidad una reunión internacional de Boy Scouts.

En un principio se decidió que la Delegación que iba a representar a México en el *Jamboree*, debería estar formada por la flor y nata de los scouts, es decir, por los cincuenta mejores scouts de México. Pero había un problema. Como los scouts eran en esa época una organización muy independiente y bastante miserable, cada cual tendría que pagar sus gastos. En consecuencia, el “contingente” iba a estar formado, no por los cincuenta mejores, sino por los cincuenta mejores, de entre los más ricos. Urgía pues, saber cifras, ¿cuánto iba a costar el viaje?

No sé quien hizo los primeros cálculos, ni en qué se basó para hacerlos, pero corrió la voz de que el viaje a Europa, de tres meses, incluyendo estancia en el campamento, estancia en París, visita de los castillos del Loire, viaje a Italia, Bendición Papal, etcétera, iba a costar ¡mil quinientos pesos!

Por supuesto que se inscribieron muchísimos. Entre ellos, yo. Fue cuando Nicodemus me dijo:

-Si tú vas, yo no voy. Etcétera.

A todo esto, Nicodemus, que en su vida había puesto un pie fuera de México, había decidido deslumbrar a los europeos con los sarapes de Saltillo, los chiles jalapeños, *El caminante del Mayab* y la Danza de los Viejitos. Los cincuenta elegidos, tenían que juntarse dos veces por semana en la Y.M.C.A. a cantar canciones mexicanas y a dar taconazos, bajo la dirección del profesor Urchedumbre, que era especialista en folklore.

Como la Delegación tenía que irse en avión, las cifras se modificaron. El costo del viaje pasó, de mil quinientos a tres mil, de tres mil a cinco mil quinientos y de allí a seis mil. Simul-

táneamente, el número de asistentes pasó, de cincuenta a veintitrés y de allí a doce, y eso, contando a dos que se orinaban en la cama.

Manuel Felguérez había sido de los elegidos que ensayaban la Danza de los Viejitos, pero no tenía seis mil pesos. Fue él quien decidió hacer otra Delegación Mexicana al *Jamboree*, formada por él y yo.

-Podemos irnos en un barco de carga -me dijo, un día que estábamos tomando el sol en la Y.M.C.A.

En ese momento se me ocurrió una idea que ahora parece muy sencilla, pero que a nadie se le había ocurrido: ir a Wagons-Lits Cook.

Así fue como Felguérez y yo descubrimos en la Avenida Juárez lo que don Juan Lanas no había descubierto en Nueva York: había un barco, que había sido transporte de tropas y que estaba destinado a llevar turistas a Europa y traer inmigrantes a los Estados Unidos. Iba de Nueva York a Southampton y El Havre y el pasaje costaba quinientos cincuenta pesos mexicanos. Con un par de telegramas conseguimos pasajes en el S.S. Marine Falcon, que salía de Nueva York el primero de agosto. El *Jamboree* comenzaba el día seis.

Al segundo día de viaje, el scout Megaterio fue iniciado en los misterios del sexo por una inglesita de catorce años. Al tercero, el scout apodado "La Campechana" se hizo novio de una americana. Al cuarto el scout apodado "El Matutino" fue seducido por una joven inglesa. Al sexto, corrió la voz de que el scout Chateaubriand había sido seducido por un pastor protestante. Al séptimo nuestro barco entró en la bahía de Cobh y encalló al tratar de cederle, galantemente, el paso al S. S. America: hubo que esperar la siguiente marea para ponerlo a flote. Al octavo, llegamos a Southampton y "El Matutino" fue degradado por fornicar con el uniforme puesto. Al noveno día llegamos a El Havre."

FALTA DE ESPÍRITU SCOUT
en *La Ley de Herodes*, p. 131.



“Ahora vienen mis memorias marineras. Al leer el obituario del Queen Elizabeth, descubrí, con extrañeza, que yo, que siempre me he considerado ratón de tierra adentro, también tengo historia de navegante.

Es breve pero tiene momentos que me parecen interesantes.

Empieza en los muelles de Nueva York, el cinco de agosto de 1947, día en que Felguérez y yo fuimos a buscar un barco llamado Marine Falcon, que era el que teníamos que embarcar tres días después para ir a Europa. Primero vimos aquella proa negra, esbelta y alta como un edificio del Queen Mary. Era tan grande el barco que de donde estábamos parados no se podía ver la superestructura. Después vimos el Mauretania, que era un barco viejón pero muy elegante. Después de mucho caminar encontramos, entre varios barcos de la United Fruit, el Marine Falcon, ¡nuestro barco!, que era una verdadera cazuela y no se sabía si iba a caminar para adelante, para atrás o de lado.”

GUÍA DEL NAVEGANTE

Mis memorias marineras

8 de febrero de 1972

en La casa de usted y otros viajes, p. 198-199.

“En el interior del barco había varios lugares de estar. Primero, la cantina, en la cual nunca se expendió gota de licor, porque el barco era seco; allí podía uno jugar cartas, damas chinas o ajedrez, tomar refrescos, platicar con las pasajeras, etcétera. Dos, la cafetería que olía igual que los ventiladores y sólo se abría a ciertas horas. Tres, los dormitorios: unas salas enormes en las que había la misma luz mortecina las veinticuatro horas y no se sabía si afuera era de día o era de noche y en las que había setenta literas, cada una con su respectivo pasajero, dormido o leyendo un *pocket book*. Cuatro, los excusados que estaban situados en la proa, no tenían puertas y estaban dispuestos en una forma que recordaba, curiosamente, los grandes coros de las catedrales góticas. Cinco, las regaderas, que en diez días de travesía sólo fueron visitadas por chinos o por mexicanos.

Como de todos esos lugares no era uno dueño más que de su propia litera y nadie tendía las camas, acababa uno haciendo nido en ella. Entre las cobijas guardaba uno libros, chocolates, calcetines, mudas de ropa, etcétera.

Al final de la travesía había uno adquirido, sin darse cuenta, un sexto sentido para distinguir las propiedades de cada uno de los habitantes del dormitorio. Prueba de esto fue lo que nos pasó a Felguerez y a mí, que cuatro años después de este viaje, encontramos unas cobijas que pertenecían a un personaje misterioso, que nadie había visto. Las examinamos, las olimos y exclamamos, al mismo tiempo:

—¡Chelet!

Era el nombre de un compañero de la cubierta C. No nos equivocamos.”

GUÍA DEL NAVEGANTE (II)

El halcón marino

11 de febrero de 1972

en *La casa de usted y otros viajes*, p. 202.



“En el *Jamboree de Soissons*, en 1947, el campamento mexicano parecía la “Lagunilla”. Cada scout se sentaba con las piernas cruzadas frente a un montoncito de baratijas: uno, ídolos falsos; otro, fajillas de chamula; otro, sarapes de Saltillo, etcétera, y a estafar niños europeos que creían que estaban entre hermanos.”

ENTRE HERMANOS
en *Autopsias rápidas*, p. 209.



“Conocí París en 1947. Yo era un joven delgado, estudiante de Ingeniería. París era una ciudad gris oscuro que olía a diesel y a queso *camembert*. Había menos perros y mucho menos coches que ahora, la gente era pobre y parecía malhumorada, los *clochards* pretendían ser mutilados de guerra, cantaban canciones horribles y la gente les echaba dinero de las ventanas. Los faroles de la Plaza del *Pantheon* eran de gas y se encendían a mano.

Mis compañeros y yo alquilamos cuartos en el hotel de la Gironde, en rue de Rivoli, cerca del Hotel de Ville. En el cuarto había lavabo, al fin del pasillo estaba el excusado y en el tercer piso había una puerta marcada “salle de bains” que estuvo cerrada con candado las tres semanas que estuvimos en el

hotel. Desde la ventana de mi cuarto veía un patio que era como yo había imaginado el de madame Defarge. Yo esperaba que se rompiera una barrica y que la gente se amontonara en el enlosado a chupar el vino, pero no pasó.

La economía de aquel viaje es digna de recordarse. Así era mi gasto diario:

Hotel 150 francos (antiguos)

Desayuno y cena (pan, queso y fruta) 20 francos

Comida en el restaurante de Mme Cavada (en la Cité)

150 francos

Total 320 francos

Nota: 320 francos = 1.60 dólares = 8.00 pesos mexicanos

No fueron las tres semanas más felices que yo había pasado hasta entonces pero creo que fueron las más importantes: allí terminó mi carrera ingenieril.”

EN PRIMERA PERSONA

Un lugar donde quedarse

Vuelta No. 82, septiembre de 1983

en La casa de usted y otros viajes, p. 219.

“Yo, debo confesar, tengo mis traumas. La primera vez que usé el metro de París, hace veintiséis años, iba con boy scouts catalanes.

Ellos que creían que estaban en Barcelona, me aconsejaron:

-No compres billete. Pide un taco- se referían a un “carnet”, o sea, un cuadernillo con cinco boletos-. Es mucho más económico.

Así que mi primer acto en el metro de París fue pedir un taco. Lo que me contestó la mujer que estaba en la ventanilla todavía me hace enrojecer.”

CONOCIMIENTO SUBTERRÁNEO

París a través del metro

23 de octubre de 1973

en ¿Olvida usted su equipaje?, p.105.

“A mí el tren me dejó marcado más profundamente que cualquier otro medio de transporte. La sensación de misterio y de aventura que me produjo el primer viaje en tren no tiene paralelo en mis experiencias en autobuses, aviones o barcos.

En el viaje que hice en Europa en 1947 el tren fue no sólo el medio de transporte, sino la fuente de recuerdos indelebles. Sobre todo en Italia.”

APOLOGÍA DEL TREN
¿Volverán los caballos de fierro?, 18 de diciembre de 1978
en Instrucciones para vivir en México, p 236.

“Venecia.- Entre mexicanos, Venecia ha tenido siempre reputaciones muy raras. En 1947, un compañero de viaje aconsejaba no llegar a Venecia, porque una tía suya había dicho que “los canales apestaban”.

Yo insistí en verla -y gané- aunque la imagen que he de haber tenido en la mente era igual de corrupta: un hombre de birrete, remando y cantando Oh, sole mio. El caso es que de todas las ciudades que conozco es la única que me ha producido exactamente la misma impresión la primera vez que la vi, en 1947, que la última, en 1975.

No tiene pierde: Venecia es diferente, es única y siempre es igual. Sale uno de la terminal de autobuses y “está uno en Venecia”.”

NAUFRAGIO GLORIOSO
¿Sabes qué son góndolas?, 23 de mayo de 1975
en Ideas en venta, p. 312.

“Penzance, Cornwall.- Una de las cosas que más me llamaban la atención en 1947, cuando salí de México por primera vez, era la ignorancia general con respecto a todo lo mexicano: un italiano creía que éramos isla; unos catalanes se asombraban de que no habláramos exactamente como Cantinflas; Madame Dubois, la conserje del hotel de la Gironde, creía que México era parte de los Estados Unidos...”

ANTE LAS MIRADAS DE OCCIDENTE
Noticias de México, 25 de febrero de 1975
en ¿Olvida usted su equipaje?, p.183.

1948

“Siendo estudiante de ingeniería, trabajé en el despacho de Von Taube, el famoso especialista en mecánica de suelos. Mi trabajo consistía en estar metido en un cuarto leyendo dinamómetros, que son las lecturas más aburridas de que yo tenga noticia. También amasaba lodo, le daba golpes y después lo metía en un horno. Me pagaban dos pesos la hora. El día que pedí aumento, me lo concedieron... de veinte centavos. Por eso dejé el despacho. No me fue bien en esa época, pero ahora, ¿qué cosa me impide meter en mi curriculum la siguiente frase: “Colaborador de Von Taube?””

*EL ARTE DE ESCRIBIR BIOGRAFÍAS
en Viajes en la América Ignota, p. 185.*

“Cuando llegué yo a la hacienda, en 1948, una tercera parte de las parcelas estaban baldías.

—¿Y estas tierras?— pregunté.

—Son de los ejidatarios— me contestó el mayordomo.

El “dueño” de una estaba radicado en Los Ángeles, el de otra, se había ido de bracero, otro andaba de albañil en Irapuato y otro, el caso más notable, trabajaba de mediero. Pero cada cual, muy tranquilo, conservaba su tierra llena de mostaza, allí esperándolo, para cuando viniera una mala racha y no tuviera en donde refugiarse.”

*MIS MEMORIAS DEL SUBDESARROLLO (III)
Peculiares ejidatarios de Guanajuato
6 de noviembre de 1970
en La casa de usted y otros viajes, p. 58.*

“Se trata de una hacienda que era de mi familia. No voy a decir aquí que era una hacienda modelo y que estaba estupendamente administrada cuando llegó la Reforma Agraria. Nada de eso. Era una hacienda que fue muy buena durante el siglo pasado y estaba en plena decadencia en 1938, cuando fue repartida. Nunca fue una hacienda muy



grande. Lo que más llegó a tener fueron tres mil hectáreas, contando una gran parte, aproximadamente la mitad, de terreno incultivable, que servía para que pastaran las cabras o vacas acostumbradas a comer huizache. A principios de este siglo fue fraccionada y dividida entre cuatro hermanos. La parte que le correspondió a mi padre, que fue la que yo más tarde administré, tenía unas trescientas hectáreas de tierras primarias y el resto era monte.”

MIS MEMORIAS DEL SUBDESARROLLO (I)

La Reforma Agraria

30 de octubre de 1970

en La casa de usted y otros viajes, p. 51.

“El casco de la hacienda es una construcción antigua de adobe recubierto de piedra. En el arco del mirador que está en la planta alta, hay, inscrita en el estuco, una fecha: 1692. La casa habitación es amplia, pero de sencillez espartana y en determinado momento puede cerrarse herméticamente y quedar convertida en fortaleza.

En una de las habitaciones hay una tronera desde donde uno puede acribillar a cualquiera que se acerque al portón que, por su parte, encierra la casa, el pozo, una troje pequeña y los establos. [...]

La casa mira al oriente, al monte y al Cerro Grande. La ranchería, que queda atrás de los corrales, y está perfectamente aislada de la casa grande, tiene forma de pentágono y está circundada por un foso que sirve al mismo tiempo de desagüe y de defensa. Por las noches, cuando todo el ganado ha sido recogido, se cierran dos puertas y la ranchería queda aislada del mundo exterior.

Cerca de la casa hay dos eras y un aventadero, en donde se desgranaba todo el producto de la cosecha antes de guardarse en las dos trojes, que son enormes.

Lo admirable de estas construcciones en lo bien planeadas que fueron. Cada una de ellas ofrece una solución, no original, pero sí perfecta, a una variedad enorme de situaciones: desde una cosecha abundantísima, hasta un ataque militar.

Dicen las malas lenguas que esta hacienda fue, en un principio, propiedad de las monjas del Convento de la Soledad, en Irapuato.

Aunque nunca he confirmado este dato, sí creo que la hacienda haya sido inicialmente bien eclesiástico, porque la fecha en que la compró mi bisabuelo corresponde a la de la aplicación de las leyes de Reforma.

En el siglo que estuvo en manos de la familia, hubo de todo. Desde el florecimiento de principios de siglo hasta la decadencia de 1950, que me tocó presenciar.”

MIS MEMORIAS DEL SUBDESARROLLO (IV)

Pretérito imperfecto

10 de noviembre de 1970

en La casa de usted y otros viajes, p. 60-61.

“El primer problema que encontré al llegar a la hacienda a la que me he estado refiriendo, era de comunicación. En primer lugar, en 1948 estaban todavía en uso muchas palabras del siglo XVI -trujo, joyo, jierro- además de otras de origen desconocido y probablemente de intervención local, como “pacencioso”



La Huerta

por pachorrudo, “abuja” por aguja, y “abujilla” por bujía, y, por último, muchas de importación braceril, como “troca” por camión de redilas, “carapila” por tractor de orugas, “paipa” por tubo de succión, etcétera. Pero si el vocabulario era en parte del siglo XVI, el estilo epistolar y de la conversación era, en general, barroco purísimo. [...]

Cuando estaba yo en la hacienda y alguno de los campesinos, incluyendo el mayordomo, tenía necesidad de arreglar algún asunto conmigo, se sentaba en la barda del aventadero, que quedaba frente a mi ventana y esperaba pacientemente a que yo lo viera allí sentado, comprendiera que me estaba esperando a mí y no disfrutando del paisaje, y saliera a hablar con él.

La barda del aventadero, el tronco de mezquite que estaba junto al zapote y la raíz de la pitolaca, eran mi despacho. Allí arreglé todos los asuntos que tuve en los tres años que viví en la hacienda.

Recién llegado cometí muchas torpezas. Una de ellas consistió en pasar a los que venían a buscarme a la sala y decirles que se sentaran.

No me había dado cuenta de que un sillón es, para un campesino, como un continente misterioso. Se quedaban petrificados, sin saber dónde poner el sombrero, ni las rodillas, ni la mirada. En la barda del aventadero, en cambio, estábamos en igualdad de circunstancias y ellos se sentían con mayor libertad.

Otra torpeza que cometía al principio, era dejarlos que ellos llegaran, por sus propios medios, al meollo de la conversación. La emprendían errática, que pasaba por la sombrilla de mi bisabuela, la infidelidad de mis mozos, el parto de la Pomposa, la incompetencia de mi mayordomo, etcétera. Eran tremendos chismosos y cada conversación duraba entre una y dos horas.

Más tarde, con la experiencia, adopté otro sistema. Consistía en salir a encontrarlos, con la mano extendida y las siguientes palabras:

—Buenas tardes. ¿Qué se ofrece?

Para dar por terminada la conversación había otra fórmula infalible, que era decir:

—Muy bien. En eso quedamos.”

MIS MEMORIAS DEL SUBDESARROLLO (V)

La barrera del idioma

13 de noviembre de 1970

en La casa de usted y otros viajes, p. 63-64.

“Trene había sido elegido por mi madre para que fuera el mozo de la hacienda y en esa función se quedó hasta que vendimos lo último que nos quedaba del casco, en 1960. La única virtud que no todos estaban de acuerdo en reconocerle a Trene, era la de barrer con una minuciosidad notable.

Cuando yo estaba solo en la hacienda, Joaquina, la mujer de Trene, era la encargada de alimentarme.

En la mañana me daba un té de hojas de naranjo, un huevo frito en salsa de chile y frijoles. Al mediodía, un huevo frito en salsa de chile y frijoles. Afortunadamente, en esa época, me gustaban tanto las hojas de naranjo, como los huevos fritos en salsa de chile, y los frijoles.

La manera de servir la mesa obedecía a un ritual muy bien establecido.

Primero aparecía Trene con una tortilla a medio mascar en la boca y preguntaba:

—¿Qué si ya quiere comer?

Siempre contesté afirmativamente. Él entraba a la sala, que también servía de comedor y de despacho, abría un armario y de él sacaba los trastos necesarios para servir la comida. Se retiraba, y unos diez minutos más tarde entraba Trene, primero, llevando la jarra del té, Joaquina llevando un plato con el huevo frito en salsa de chile, Lucita con el plato de los frijoles, y Fidelito, un niño que tenía la peculiaridad de no saber decir más que “mamá” y “papá” a los ocho años, con las tortillas.

En tiempo de invierno, las mujeres entraban de rebozo y los hombres de sombrero, y en verano, las mujeres seguían de rebozo, pero los hombres venían de camiseta.”

EN UNA HACIENDA DEL BAJÍO

Servidumbre y grandeza

8 de enero de 1971

en La casa de usted y otros viajes, p. 69-70.

1949

“Crecí entre mujeres que me adoraban. Querían que fuera ingeniero: ellas habían tenido dinero, lo habían perdido y esperaban que yo lo recuperara. En ese camino estaba cuando, un día, a los veintiuno, faltándome dos para terminar la carrera, decidí abandonarla para dedicarme a escribir. Las mujeres que había en la casa pasaron quince años lamentando esta decisión, más tarde se acostumbraron.”

JORGE IBARGÜENGOITIA DICE DE SÍ MISMO

Vuelta, marzo de 1985

en Instrucciones para vivir en México, p. 13.



1950

“Vista desde La Lomita, la ranchería de San Roque tenía un aspecto entre medieval y africano. Era un caserío apretado, de forma pentagonal, rodeado por un foso excavado en el tepetate, que tenía una doble función: evitar que un aguacero torrencial se llevara las casas, y evitar también que en las noches se escapara el ganado. En las noches se cerraban las dos puertas de trancas con candado y el lugar quedaba hermético.

Las casas eran de adobes, los techos de tejas, había fitolacas, mezquites, zapotes, yucas, nopales, y muchas macetas con plantas que daban flores. En las mañanas, las mujeres encendían la lumbre y el humo se quedaba colgando encima del rancho en un estrato regular, los hombres, envueltos en sarapes, ponían sobre el foso las vigas, lo cruzaban, se iban a La Lomita a hacer sus necesidades y después se quedaban platicando bajo el primer rayo de sol como los personajes de “Milagro en Milán”.

Yo era el propietario de ese lugar tan pintoresco.”

COLONOS

*Recuerdos de un fraccionador, 6 de julio de 1976
en Misterios de la Vida Diaria, p. 180.*

“En la época que pasé en el rancho había en Irapuato cuatro cines. Tres de ellos estaban consagrados a la exhibición de las obras completas de Pedro Infante, Ninón Sevilla, Tin Tán, etcétera. En el cuarto, en cambio, vi en programas salteados y entre otras películas, *La cartuja de Parma*, de Christian-Jaque; *Hamlet*, de Laurence Olivier; *El diablo en el cuerpo*, de Autant-Lara; *La ronda*, de Max Ophüls, películas que en 1950 no eran las más recientes pero que eran cine moderno de buena calidad.

Cada vez que pasaba por Irapuato para venir a México me informaba de qué daban en aquel cine y casi siempre había algo interesante, entonces yo iba a la segunda función y tomaba el camión de la medianoche. La sala en sí era muy agradable, porque casi siempre estaba medio vacía.”

MISTERIOS DE LA CÁMARA OSCURA
en *Autopsias rápidas*, p. 147-148.

1951

“La primera vez que fui a Yucatán, en 1951, tardé dos semanas en llegar, usé todos los medios de transporte conocidos, menos la diligencia, la andas y el caballo, pasé el mes y medio más estimulante de mi vida y gasté seiscientos pesos. Regresé a México encantado, convencido de que iba a repetir la experiencia muchas veces.

La primera impresión de Mérida, para quien la conoció hace mucho tiempo es contradictoria. Por un lado hay cambios: casas tumbadas, letreros luminosos, refaccionarias, edificios nuevos -y horribles-, le dan a uno ganas de decir “todo lo que aquí no está en ruinas es espantoso”. Por otro lado, todo está igual: la nevería donde yo me sentaba, en mi juventud inocente, a tomar nieve de zapote y a leer el Diario de Yucatán, en una de esas mesas, estoy seguro, estaba yo cuando abrí el telegrama que mandó mi tío Roberto (“acuda a cobrar trescientos pesos”) “Que te diviertas. Saludos. Roberto I.” Si salgo de la plaza y camino media cuadra, encuentro el café donde me comí

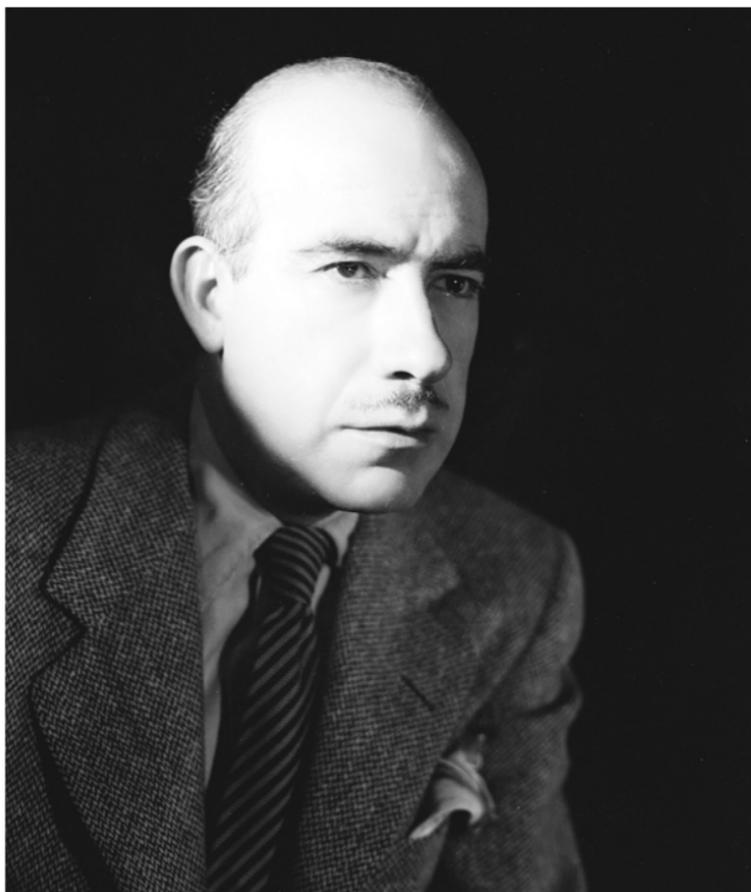
una noche un cazón a la campechana memorable. A unas cuantas cuadras del centro, en el ochavo de una esquina, está una cantina que se llama “El barrilito”, en donde me sentaba todos los medio días con dos amigos a tomar Carta Claras. Nos traían siempre, con las cervezas, tres platitos con botana.”

VIAJES YUCATECOS

¿Oyes el pájaro Q?

23 de febrero de 1976

en Ideas en venta, p. 277.



“El Carolina zarpaba a las cinco de la tarde de Chic-chulub. Los pasajes los compramos en Mérida, en las oficinas de una compañía de navegación. Nos costaron veinticinco pesos -esto ocurrió en 1951- y nos daban derecho a viajar, comer y dormir sobre cubierta porque el camarote costaba diez pesos más. La travesía entre Chicchulub y Cozumel, nos anunció el empleado, duraba treinta y seis horas exactamente.

Al evocar estos momentos prefiero imaginarme de fuera que de adentro de mí mismo: un muelle de madera larguísimo, y cinco labregones vestidos de boy scouts caminando con mucha calma, con mochilas en la espalda y las manos llenas de bolsas de papel, llenas de abastecimientos. Si vista desde fuera la escena es ridícula, vista desde dentro es ligeramente alarmante. Yo, que era el encargado de la bolsa de los spaghetti, iba viendo que el cielo estaba nublado y el mar gris muy oscuro, con piquitos blancos. Alejándose del muelle estaba un armatoste. Recuerdo que le dije a alguno de mis compañeros: -Qué bueno que no vamos a viajar en eso.

No acababa de decir esto cuando distinguí unas manos que en la cubierta nos saludaban y en la proa el letrado fatídico: Carolina. Era tan chico el barco y tan amable su capitán que regresó al muelle nomás para recogerlos.”

MEMORIAS NÁUTICAS

Las travesías yucatecas

25 de febrero de 1972

en ¿Olvida usted su equipaje?, p.78.

“Rodolfo Usigli fue mi maestro, a él le debo en parte ser escritor y por su culpa, en parte, fui escritor de teatro diez años.

Digo que fue mi maestro en el sentido más llano de la palabra: él se sentaba en una silla y daba clase y yo me sentaba en otra y la oía, haciendo de vez en cuando algún apunte en mi libreta -cosas como “Farquhar no respeta las unidades”, etcétera- Esto ocurrió durante dos horas de dos tardes de cada semana de los tres años que seguí su curso en Filosofía y Letras. Sin la clase de Usigli mis estudios en esa institución hubieran sido completamente banales y probablemente no me hubiera tomado el trabajo de terminarlos.

En la primera clase nos hizo una advertencia:

–Ustedes creen que van a aprender a escribir obras de teatro por tomar esta clase. Se equivocan.

El que tenga talento aprenderá a escribir teatro aunque no la tome y el que no lo tenga no lo aprenderá aunque la tome cien años.

Éramos un grupo reducido. Rara vez pasamos de seis. Luisa Josefina Hernández, Raúl Moncada y yo llevamos el curso mientras lo dio Usigli, una señora americana que decidió aprender a escribir teatro el día en que cumplió ochenta años lo llevó los dos semestres de 1951, Rosario Castellanos, los dos de 1953, Jorge Villaseñor asistió a una clase, Rafael Solana, a dos, etcétera.

–¿Qué ha leído esta semana? -me preguntó Usigli en la segunda clase.

Era una revoltura: una obra de Ibsen, *Ganar amigos*, y una obra de O'Neill. Me explicó que las obras de teatro deben leerse de un tirón y por épocas. O lee uno el teatro isabelino o lee teatro moderno, pero leer en una misma semana una obra de Ibsen y otra del Siglo de Oro es una barbaridad. Nuestros diálogos eran difíciles porque él era tímido-sarcástico y yo soy tímido-insolente. Un día me preguntó:

–¿Usted cree que... etcétera?

Y le contesté:

–¿Cree usted que... etcétera?

–Un momento -interrumpió-. Está usted contestando mi pregunta con otra pregunta, lo cual es descortés.

A Luisa Josefina, en cambio, la miraba parando la ceja y la trataba con benevolencia no exenta de coquetería.

Al acercarse el fin del primer semestre, anunció: “En vez de presentar examen van a traer una obra en un acto”.

El caso es que hice una comedia en un acto y se la llevé.

–Tiene usted que aprender a escribir en máquina -dijo al ver el manuscrito. Es escritor, debe saber usar sus instrumentos.

En la siguiente clase hizo el comentario:

–Su obra es rudimentaria y no tiene acción, sin embargo, es evidente que tiene usted sentido del diálogo y es capaz de escribir comedia.

La gran crisis del curso ocurrió con el estreno de *Jano es una muchacha*. Rosita Díaz Jimeno, de quien Usigli siempre sostuvo

que era una gran actriz, de cuarenta y tantos años, que aparecía en el primer acto con el uniforme del Colegio Francés de San Cosme, está en la sala del burdel de pueblo donde trabaja ocasionalmente.

Entra su padre (Fernando Mendoza) con intenciones de conocer “a la nueva”.

El padre a la hija: “¿Pero qué haces tu aquí?”

La hija al padre: “¿Y tú, padre, qué haces aquí?”

Sigue una escena en la que padre e hija se echan en cara todo lo que un padre y una hija en esa situación pueden echarse en cara. Luisa Josefina y yo, que estábamos en la fila H, soltamos la carcajada.

Al martes siguiente, Usigli nos leyó en clase un fragmento de *The summing up* en el que Somerset Maugham relata la puesta en escena de una obra suya. Ninguno de los que estábamos en clase entendimos qué era lo que Usigli quería decirnos al leer aquel fragmento. Él suspendió la lectura, cerró el libro y nos dijo:

—La noche del estreno de *Jano es una muchacha* dos jóvenes escritores se rieron cuando no había de qué reírse en escena. Si tienen alguna crítica que hacerle a mi obra quiero que la hagan ahora mismo.

Nadie se atrevió a decir nada y el curso siguió adelante.

Al fin del tercer año entregué a Usigli una comedia llamada *Susana y los jóvenes*. No sólo dijo que era buena sino que hizo que la Unión de Autores la montara y quiso dirigirla él mismo. Hizo la primera lectura, pero después lo invitaron al festival de Edimburgo y se fue, dejando la dirección a Basurto. Más tarde, mediante su intervención, esta obra fue incluida en un tomo de teatro mexicano que publicó Aguilar.

Nuestras relaciones eran entonces muy cordiales. No había discusión acerca de nuestras situaciones respectivas. Él era el Número Uno, el Miguel Hidalgo y Costilla del teatro mexicano y yo era su discípulo.

Después las cosas cambiaron.”

RECUERDO DE RODOLFO USIGLI
en *Autopsias rápidas*, p. 67-71.



1953

“Al principio parecía que mi carrera literaria iría por el lado del teatro y sería brillante. Mi primera comedia [*Susana y los jóvenes*] fue puesta en escena con relativo éxito en 1954, la segunda [*Clotilde en su casa*] lo fue en 1955, las dos fueron recogidas en antologías del teatro mexicano moderno, Usigli me designó para que lo reemplazara cuando se retiró, gané tres becas al hilo -única manera que había entonces de mantenerse en México siendo escritor-.”

JORGE IBARGÜENGOITIA DICE DE SÍ MISMO
Vuelta, marzo de 1985
en *Instrucciones para vivir en México*, p. 13

1954

“Mi primer estreno ocurrió hace casi veinte años. Yo no era tan joven, pero todavía estaba en la edad esa en que cree uno que vive en una sociedad ansiosa de descubrir talento. “¡Por fin!”, decían los encabezados de mi imaginación. [...]

El teatro estaba lleno. Se apagaron las luces, se abrió el telón. ¡Qué horror! La obra que yo había escrito con tanto gusto [*Susana y los jóvenes*] y que después había visto ensayar tantas veces, apareció ante mí como algo completamente ajeno.

Al final, unas tías mías gritaron “¡autor!, ¡autor!”, la actriz vino a jalnearme, subí al foro furioso, dicen, di las gracias, cayó el telón, cesaron los aplausos y cada quien se fue a su casa.”

FIN DE UN DRAMATURGO
en *Autopsias rápidas*, p. 53.

“*Clotilde en su casa* es una comedia escrita en serio, con lo que en 1954 me parecían muchos trabajos y que actualmente me parecería a la carrera. Escribirla no fue agradable y lo que ocurrió con ella una vez terminada es menos agradable todavía. La mandé a un concurso que en aquella época hacía cada año El Nacional y cuando estaba allí, amparada por un seudónimo y esperando dictamen, me llegaron chismes de que iba a salir premiada. Falso. No lo fue. El jurado, sin embargo, la recomendó para ser representada. Al releerla me provoca sentimientos contradictorios. Encuentro que algunos de los personajes que aparecen en *Clotilde* tienen una solidez que pocas veces he logrado. Por otra parte, me parece mal escrita. Si me pongo a corregirla estoy seguro de acabar no dejando parlamento sano. Actualmente no escribiría de ella ni una sola línea. En cuanto a negarle la paternidad, es desgraciadamente imposible. La escribí yo y nadie más pudo escribirla. Ni modo.”

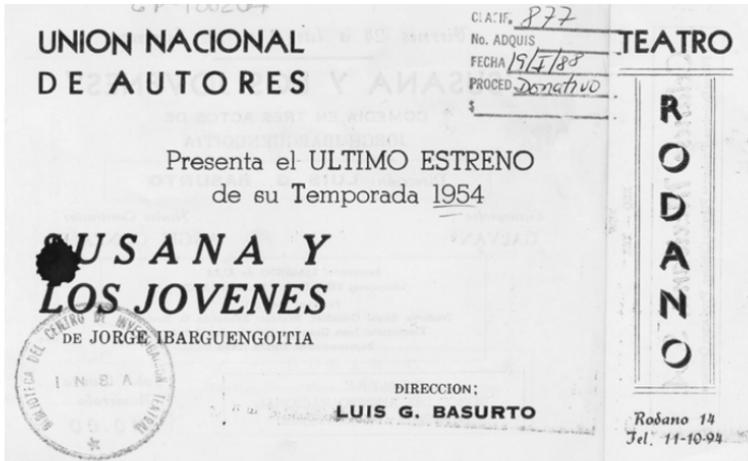
HISTORIA DE VARIOS FRACASOS
Lo que no fue, 15 de julio de 1972
en *Ideas en venta*, p. 115-116.



“Después de mucho buscar he encontrado una joya: un terrenito en Coyoacán que está dentro de mis posibilidades. Es más caro de lo que yo hubiera querido pagar, pero no tan caro para no poder pagarlo. Un lugar ideal para invertir los últimos pesos de mi familia. El terreno es largo y estrecho -un chorizo, dicen escépticamente mis amigos- y tiene dos jacarandas. Creo que es el lugar ideal para, el día en que me venga un golpe de suerte, construir mi casa. Lo compro.”

EL FLANCO IZQUIERDO

*Los buenos vecinos, 7 de julio de 1972
en La casa de usted y otros viajes, p. 78.*



“Durante dieciséis años vivimos en un departamento. Era un edificio construido en los veinte por alguien muy civilizado: cuatro departamentos en dos pisos y en el sótano un conserje espiritista que hacía sahumeros. Pagábamos renta congelada. Durante los últimos diez años nadie le puso mano a la casa, que empezó a cuartearse, porque alguien construyó un edificio junto. Por las hendiduras oíamos los pasos de unas criadas que subían a lavar. Un día, mi madre consideró que la alfombra de la escalera estaba muy vieja y mandó cambiarla por otra que ella compró, muy elegante, que parecía forro de asiento de tren de primera. En vez de agradecer la mejora, la dueña del edificio hizo una escena, porque no le habíamos pedido permiso y estábamos socavando su autoridad. Para contentarla decidimos pagarle cincuenta pesos más de renta.

Cuando llegaron los cargadores y sacaron los muebles, me quedé mirando aquel lugar desolado donde había vivido tan a gusto tantos años. No sólo se veía asqueroso, sino que se estaba cayendo. A los dos años lo tumbaron. Desde hace diecisiete es solar.”

CASAS
Ciudad de los Palacios, 2 de abril de 1976
en La casa de usted y otros viajes, p. 76-77.



1955

"Empecé a sentir que me habían despojado de algo que me pertenecía y escribí una obra que se llama *La lucha con el ángel* en la que a uno de los personajes lo despojan de algo que le pertenece."

LA VELA PERPETUA
en *La Ley de Herodes*, p. 81.

"En primer lugar debo confesar que no recuerdo qué fue lo que me impulsó a recibirme, porque nunca esperé sacar ningún beneficio del título profesional. Este título, me da mucha vergüenza decirlo, es el de maestro en letras especializado en arte dramático.

Escribir la tesis fue cosa sencilla, porque ya desde entonces era yo escritor. La tesis consistió en una obra de teatro que ya tenía yo escrita [*Ante varias esfinges*], que ahora encuentro ilegible y que entonces consideraba la culminación de mi obra literaria, a la que agregué un prólogo crítico, el que, por una errata de imprenta, apareció como epílogo. Durante el examen ocurrieron cosas siniestras. La primera pregunta del jurado fue:

—Díganos, Jorge, ¿cree usted que estemos capacitados para juzgar su obra?

Yo con toda sinceridad, contesté que no. En ese momento perdí el *Cum laude*."

EXAMEN PROFESIONAL
Las experiencias comunes, 26 de mayo de 1970
en *Instrucciones para vivir en México*, p. 271-273.



“En 1955 hice mi primer vuelo internacional. En esa época el Aeropuerto de la Ciudad de México -hoy “Benito Juárez”- estaba recién estrenado.”

AEROPUERTOS

Otra superioridad que se nos va

8 de enero de 1974

en ¿Olvida usted su equipaje?, p.83-84.

“En los seis meses que pasé en Nueva York en 1955 -época en la que todavía se suponía que era una ciudad pacífica-, tuve más sobresaltos que en el resto de mi vida: vi morir a dos personas en la calle; vi cómo entre dos negros golpearon a una mujer; en el *Subway*, tuve que ayudar a un cubano a levantar del piso a su mujer, que había tenido un síncope; una noche me despertaron los gritos que daba un hombre cuando se lo llevaban a la cárcel entre dos policías; la puerta del elevador de un hotel se abrió en el piso equivocado y me encontré frente a una mujer despeinada, en *robe de chambre chedrón*, que me insultó; un amigo argentino llegó de la calle lívido y nos contó que estaba con una amiga en un *bar grill*...

-Cuando de pronto, veo que sacan el fiambre...

Una señora se había suicidado en el excusado, y sacaron la camilla entre los que tomaban la copa.

¿Nueva York tranquila? Una vez por semana, cuando menos, me equivocaba al tomar el tren y abordaba el "Lexington", que me dejaba en el seno de Harlem. La alternativa era tomar varios trenes y perder media hora o caminar quince cuadras. Siempre optaba por caminar.

Mis amigos, en la Casa Internacional, me decían:

—¿Cómo te atreves a caminar en Harlem? Un día te van a golpear.

Yo me hacía el valiente:

—Es como la colonia de los Doctores.

Pero si en alguno de aquellos trayectos hubiera brincado un gato de un bote de basura, me hubiera dado un infarto."

¿QUÉ TAN VALIENTE ES USTED?

Caminos peligrosos

15 de septiembre de 1972

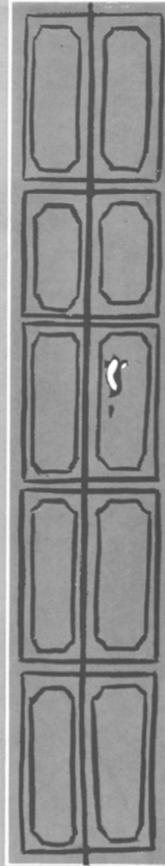
en ¿Olvida usted su equipaje?, p. 88-89.



Jorge Ibargüengoitia



CLOTILDE
EL VIAJE
Y
EL PAJARO



ficción

Universidad Veracruzana

TEATRO ROTONDA



Cortesía Foto Mover

"ADULTERIO EXQUISITO" de Jorge Ibarraengoitia

"Mi segunda pieza [*Clotilde en su casa*] fue estrenada cuando yo estaba en Nueva York. Si hubiera cerrado la boca la ocasión habría sido más agradable. Pero la abrí y, al poco rato, treinta de los huéspedes de la Casa Internacional estaban felicitándome. Pedimos un salón prestado y acabamos haciendo una fiesta latinoamericana bastante ridícula. Yo preparé un ponche de toronja con ginebra, que fue la causa de que una trabajadora social puertorriqueña rodara por las escaleras, un compositor mexicano tocó *Estrellita*, alguien se sentó al piano y yo bailé varias piezas de Agustín Lara con una cubana que se llamaba Zulema Jabib.

Si allí hubiera acabado todo, la cosa no habría estado tan mal. Lo peor fue que después de la fiesta, cuando estábamos sentados en la cafetería, cenando, mis compañeros norteamericanos se enteraron de que una obra mía había sido estrenada. De puro buenas gentes hicieron una colecta para que yo hablara por teléfono a México y preguntara cómo había

recibido el público la obra. Yo traté de defenderme diciendo que en mi casa no había teléfono, pero la presión fue tan fuerte que una amiga mía me llevó aparte y me dijo:

–No puedes defraudar a esta gente. Háblale a mi marido- era hombre que no perdía estreno-, que a estas horas ha de estar regresando del teatro. Sirve de que le preguntas cómo están los hijos.

Los que habían cooperado para la llamada telefónica me acompañaron a las casetas y a través del cristal me vieron echar once dólares, en monedas chicas, por la alcancía. Afortunadamente no oyeron la conversación. El marido de mi amiga estaba profundamente dormido cuando sonó el teléfono. Cuando se enteró de que era yo el que hablaba, de Nueva York, creyó que su mujer había tenido un accidente. Tuve que decirle: “Te juro que Julia está perfectamente bien...”

Cuando le pregunté cómo había estado el estreno, me contestó: “¿cuál estreno?”

Salí de la caseta sonriente y les dije a los que estaban esperándome: “Parece que fue un gran éxito. El público aplaudió a rabiar. Hubo doce telones.” Ellos me felicitaron calurosamente.

Cuando los demás se fueron, mi amiga se acercó y me preguntó por sus hijos. Le confesé que se me había olvidado preguntar por ellos.

Nunca me lo perdonó.

Fue una noche decisiva en mi carrera dramática.”

FIN DE UN DRAMATURGO
en Autopsias rápidas, p. 53-54.

“En el verano de 1955, que pasé en Nueva York, descubrí el cine “Thalia”. Estaba en la parte norte de Manhattan, cerca de Broadway, en un barrio muy apartado, pero pobretón, habitado en aquella época por una mezcla que incluía un buen número de filipinos y puertorriqueños. Supongo que culturalmente equivaldría a lo que en México es la colonia de los Doctores.

El “Thalia” era un cine de unas cuatrocientas butacas, en las que cuando uno se sentaba notaba los estragos que

habían causado los miles de espectadores que le habían precedido. La entrada costaba setenta centavos de dólar, que era menos de lo que costaban los cines de estreno, pero no era irrisoria. La función era continua, daban dos películas -viejas- y todos los días cambiaban programa.

Ahora bien, lo interesante del “Thalia” es que podía uno conseguir impreso -y gratis- el programa de todo el verano. Lo extraordinario es que en los 90 días que dura el verano, el “Thalia” exhibía aproximadamente sesenta películas que le interesaban a un espectador como yo. Eran películas no necesariamente buenas, pero con algún elemento que las hacía dignas de verse o reverse.”

EN EL DESIERTO SE TE OLVIDA TU NOMBRE
en *Autopsias rápidas*, p. 149-150.



Manolita Saval

MANOLITA SAVAL

Papa prima actriz del teatro y del cine mexicano. Inició su carrera artística en Valencia (España) como pianista, ganándose una fama para trasladar en París bajo la dirección del famoso pianista francés Alfred Cortet. Actúa como concertista con La Orquesta Filarmónica de Valencia. Se inicia como cantante con la ópera *Marta de América* interpretando después la *Rosina* de *El barbero de Sevilla* y la *Gilda* de *Rigoletto*. Su debut en América fue con la ópera comica del maestro Penella, *Don Gil de Alcalá*, con la que recorrió América del Centro y del Sur cantándole más de mil veces, y agregando a su repertorio las más populares zarzuelas y operetas.

En México se presentó en el Palacio de Bellas Artes con *Don Gil de Alcalá* que interpretó simultáneamente en la pantalla, junto a José Moque con el título

de *Capitán Acertado*. Su actuación cinematográfica fue fulminante; la lista de las películas en que ha interpretado es innumerable, entre ellas: *Papacito Lindo*, *Amores de ayer*, *El Barbero Jalisco*, *Opus Negro*, *Adios juventud*, *Marta Eugenia*, *Los Misericordiosos*, etc., etc.

Ha actuado toda la República con Pepita Roldán, Mariacarla Barandalla, Estela Álvarez y Otrera de Pineda con un repertorio de más de 60 óperas del género lírico. En el teatro de comedia delirante con éxito semanal en la cinematográfica obra de Calderón, *Gilgi*, renovando su éxito en la obra también francesa *La Hoja de Pina*. La creación que Manolita Saval hace del papel de *Cordelia* en *AMÉRRIO ENQUILADO* la consagra como una de las más exitosas actrices cómicas de nuestra época.





1956

“En 1956 escribí una comedia [*Llegó Margó*] que, según yo, iba abrirme las puertas de la fama, recibí una pequeña herencia y comencé a hacer mi casa. Creía yo que la fortuna iba a sonreírme.

Estaba muy equivocado; la comedia no llegó a ser estrenada, las puertas de la fama, no sólo no se me abrieron, sino dejé de ser un joven escritor que promete y me convertí en un desconocido; me quedé cesante, el dinero de la herencia se fue en pitos y flautas y cuando me cambié a mi casa propia, en abril de 1957, debía sesenta mil pesos y tuve que pedir prestado para pagar el camión de la mudanza. En ese año mis ingresos totales fueron los 300 pesos que gané por hacer un levantamiento topográfico”

MIS EMBARGOS
en *La Ley de Herodes*, p. 67

“Una de las primeras dificultades que tuve al construir mi casa, hace quince años, fue que apareció el dueño del balcón a reclamarme que yo lo estaba invadiendo. Tomamos las medidas otra vez, y en efecto. El señor tenía toda la razón, lo estaba yo invadiendo.”

HISTORIA DE LAS GRANDES FORTUNAS (II)
Negocios turbios
30 de julio de 1971
en Misterios de la Vida Diaria, p. 203-204.

1957

“Llegó 1957 y todo cambió: se acabaron las becas -yo había recibido ya todas las que existían-, una mujer con quien yo había tenido una relación tormentosa, se hartó de mí, me dejó y se quedó con mis clases, además yo escribí dos obras que a ningún productor le gustaron [*El loco amor, viene y El tesoro perdido*]. (En esto intervino un factor que nadie había considerado: tengo facilidad para el diálogo, pero incapacidad para establecerlo con gente de teatro).

Siguieron años difíciles: hice traducciones, guiones para película, fui relator de congreso, escribí obras de teatro infantil, acumulé deudas, pasé trabajos.

Mientras tanto escribí seis obras de teatro que nadie quiso montar.”

JORGE IBARGÜENGOITIA DICE DE SÍ MISMO
Vuelta, marzo de 1985
en Instrucciones para vivir en México, p. 13-14.

“Hace muchos años, en una época en la que pasé muchos trabajos en cuestión de dinero, se me ocurrió escribir una serie de argumentos cinematográficos, para venderlos rápidamente y salir de pobre. Tenía yo la idea, no sé de dónde la saqué, que la palabra cine era sinónimo de dinero rápido y fácil.

Me senté en mi mesa de trabajo y en cuestión de dos horas tenía tres ideas, que en poco más de un mes desarrollé y escribí en forma de guiones, los cuales están hasta la fecha, quince años más tarde, en el cajón donde los puse al terminar de escribirlos.”

Uno de estos guiones trata de traficantes de piezas arqueológicas.

Es un argumento lleno de agujeros, porque supongo que no hay coleccionista que se respete que venga a México a comprar piezas arqueológicas para sacarlas del país en la maleta.”

TRAFICANTES

*Las ruinas son nuestras, 4 de abril de 1972
en Misterios de la Vida Diaria, p. 39.*

“Lo más ridículo de mi caso es que una vez obtenido el título, me dio flojera recogerlo y hasta la fecha, quince años después, sigue -supongo- guardado en la rectoría. Nunca lo he necesitado.”

NOTICIAS DEL ALMA MATER

*¿Al borde del caos?, 11 de agosto de 1972
en Instrucciones para vivir en México, p. 265-266.*

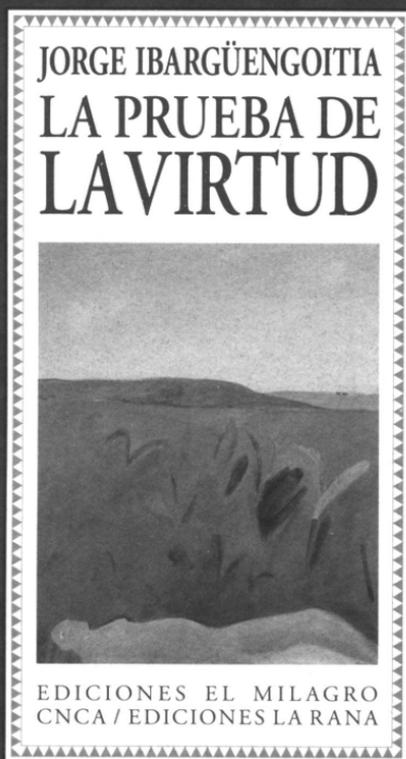




"el tesoro perdido"
de Jorge Ibarngüingoitia

Dirección: Saúl Meléndez

Organización Teatral de la Universidad Veracruzana
Compañía Titular de Teatro



C

I

N

E

1959

“Hoy, pasando a través del terreno del señor de pelo gris, bien vestido, unos bandidos llegaron hasta mi casa y con un gancho, sacaron un canario muy cantador con todo y jaula.”

EL FLANCO IZQUIERDO

Los buenos vecinos

7 de julio de 1972

en La casa de usted y otros viajes, p. 78.



“La dramaturgia subvencionada fue, en época no muy lejana, aunque esporádicamente, refugio de escritores indigentes, lo cual es, si no una justificación, cuando menos un mérito, como se puede ver claramente en la historia que voy a contar, que es verídica.

Esto empieza en octubre o noviembre de 1959. Yo estaba en una de las temporadas más desesperantes de mi vida profesional. Como escritor dramático, que era lo que yo era entonces, era entre desconocido y olvidado, tenía cuatro obras sin estrenar, no tenía ingresos de ninguna especie, deudas que entonces parecían enormes, y urgencia de pagar aunque fuera réditos vencidos. Estas circunstancias me llevaron a dar un paso que ahora me parece inexplicable: se me ocurrió ir al Departamento de Teatro de Bellas Artes a pedirles dos o tres mil pesos como anticipo sobre regalías futuras.

Salvador Novo era el jefe del Departamento. Cuando llegué a su despacho me atendió su *trouble shooter*, que resultó ser un antiguo compañero de escuela, lo cual no fue ventaja, porque nos detestábamos desde la preparatoria.

Yo expliqué el motivo de mi visita con toda franqueza:

–Estoy en una situación difícilísima. Necesito que el Departamento de Teatro me dé dos o tres mil pesos sobre derechos futuros.

El otro entró con el mensaje en el despacho particular de Novo y salió al rato para decirme lo siguiente:

–Dice el Maestro Novo, que dinero no te puede prestar, porque todo el que tiene está en cédulas hipotecarias, pero que si te esperas un rato platicará contigo y te hará una proposición.

Esperé un rato y cuando por fin Novo me recibió, me dijo:

–¡Qué bueno que vino, Jorge, estaba yo por mandar a buscarlo!

Me explicó que estábamos a punto de entrar a uno de los años más importantes en la historia de México: 1960, en el que había de celebrarse el “sesquicentenario” de la Declaración de la Independencia y el cincuentenario de la Revolución Mexicana.

López Mateos quería que ambos eventos se celebraran con toda solemnidad.

–Ya Celestino (Gorostiza) habló con el señor presidente -dijo Novo-, y éste le prometió diez millones de pesos (de aquel entonces) para montar diez obras alusivas a cualquier episodio de la guerra de Independencia o de la Revolución.

Hemos decidido encargarlas a diez autores y pagarle a cada uno diez mil pesos al entregar el texto. ¿Qué le parece, le interesa?

Como es de suponerse contesté que sí. Quedé de entregarle una sinopsis en quince días. Al despedirse, Novo me hizo la advertencia.

—No se mida, Jorge, acuérdesse de que vamos a tener todas las facilidades. Meta los cambios de escena que se le antojen, escenas de masas, lo que usted quiera.

Al contemplar actualmente el resultado de esta conversación —una obra llamada *La conspiración vendida*—, me quedo asombrado de la sobriedad con que la escribí. Hay muchos cambios de escena, salen calles de Querétaro, el lecho de muerte del canónigo Iturriaga, la casa del Corregidor, la del alcalde Ochoa, etcétera, pero no hay escenas de masas. Se oye el ruido que hace un destacamento al tomar posiciones, pero sólo aparecen dos soldados y un sargento, que tumban una puerta. Son veinte personajes, de los cuales el más simpático y más listo es el escribano Domínguez, que descubre la conspiración y logra aprehender a los Corregidores —que aparecen como un matrimonio muy torpe— y el más interesante, el capitán Arias, del batallón de Celaya, un hombre que merece él solo una obra: un mexicano, oficial del ejército, que formó parte de la conspiración de Querétaro, la delató cuando le pareció que estaba a punto de ser descubierta, se pasó del lado de los insurgentes cuando Hidalgo tomó Celaya, del lado de los españoles después de la batalla de Aculco y militó con ellos hasta su muerte, unos meses después, en las Norias de Baján, a consecuencia de un tiro de pistola que, según parece, iba destinado a Allende y le dio en la frente. El cura Hidalgo aparece como personaje secundario, pero tiene la frase del telón. Están en la iglesia de Dolores, en la madrugada del 16 de septiembre. Aldama le dice a Hidalgo:

—Pero vea usted lo que hace, Padre, que puede ser una locura.

Sube al púlpito y dice:

—Señores, ha llegado el momento. Armarse todos. Vamos a pelear por la Independencia. ¡Qué viva México!

Se oye una gritería fuera de escena, suenan campanas, cae telón.

Cuarenta días escasos pasaron entre que decidí escribir la obra y se la entregué a Novo, el diez de diciembre, pasada en limpio por una mecanógrafa que se llamaba Socorro y cobraba un peso por cuartilla.

A Novo le pareció bien, pero “un poco floja”. Me la pagaron en marzo -cuando ya a López Mateos se le habían olvidado los diez millones que había prometido para el festejo cultural-, con dinero de Bellas Artes -tuve que hacer antesalas y entrevistarme con Gaona antes de cobrar- y no a diez mil pesos como habíamos quedado al principio, sino a cinco mil nomás.

-Si quiere otros cinco -me dijo Novo-, escriba otra obra, cortita, nomás para llenar el expediente.

¡Cómo habré estado desesperado, que estuve a punto de escribir otra obra, sobre la muerte de Vicente Guerrero en el barco del traidor Pitaluga! No la escribí nomás porque Novo se hizo ojo de hormiga, no pude enseñarle la sinopsis y comprendí que si escribía la segunda obra no iba a haber ni cinco mil ni ningún peso.

Pero el destino me preparó una venganza sensacional. En septiembre apareció una convocatoria para un concurso de obras de teatro organizado por el DDF. Premio “Ciudad de México” se llamaba.

Veinticinco mil pesos de entonces, que serían como diez veces eso ahora. Yo mandé *La conspiración vendida* con el pseudónimo “Federico Barón Gropius”, y gané el premio. El mismo día que supe la noticia, encontré a Gorostiza, que había presidido el jurado que me premió, en el foyer de un teatro: “Yo soy el autor de *La conspiración vendida*”, le dije.

Casi se desmayó. Evidentemente habían premiado la obra creyendo que había sido escrita por otra persona con más méritos o mayores influencias. Ni modo.”

DOS AVENTURAS DE LA DRAMATURGIA SUBVENCIONADA
en Autopsias rápidas, p. 56-59.



1960

“¡Vaya!, un tema que siempre me ha parecido maravilloso es la Conspiración de Querétaro. ¿Cómo fue todo este lío en que se metieron?, en realidad, ¿escogieron las juntas de la Corregidora? Qué, dice uno, si esto debe haber empezado como gente que se junta entre semana: los jueves nos juntamos en casa de Fulano, pues, para hacer una fiestecita. Y, de repente, se ven metidos en un enredo y tienen que levantarse en armas.”

*JORGE IBARGÜENGOITIA
LOS HISTORIADORES ECHAN A PERDER LA HISTORIA
por René Delgado
26 de diciembre de 1977
en Proceso, p. 53.*

“En 1960 gané un concurso literario patrocinado por el Lic. Uruchurtu. Salí en los periódicos retratado, dándole la mano al presidente López Mateos y recibiendo de éste un cheque de veinticinco mil pesos. Mis acreedores se presentaron en mi casa al día siguiente.”

MIS EMBARGOS
en *La Ley de Herodes*, p. 70.



1961

“Durante un tiempo, hace años, fui crítico de teatro. Mis crónicas tuvieron un éxito modesto. Con ellas logré lo que nunca pude lograr con mis obras de teatro; es decir, que alguien las leyera.

De vez en cuando encontraba personas que me habían leído y me felicitaban; de vez en cuando, también, me encontraba con autores de teatro que me conocían perfectamente y que me negaban el saludo, lo que significa, sin lugar a dudas, que también me habían leído.

Ahora bien, los dos elogios mayores que recibí durante esa época fueron muy desconcertantes. El primero consistió en que una persona muy conocida, a quien yo considero inteligente, me dijo: “¡Es mucho más divertido leer tus crónicas que ir al teatro!”

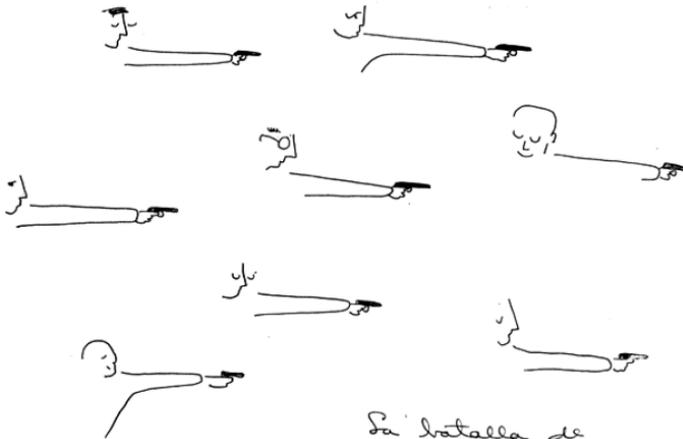
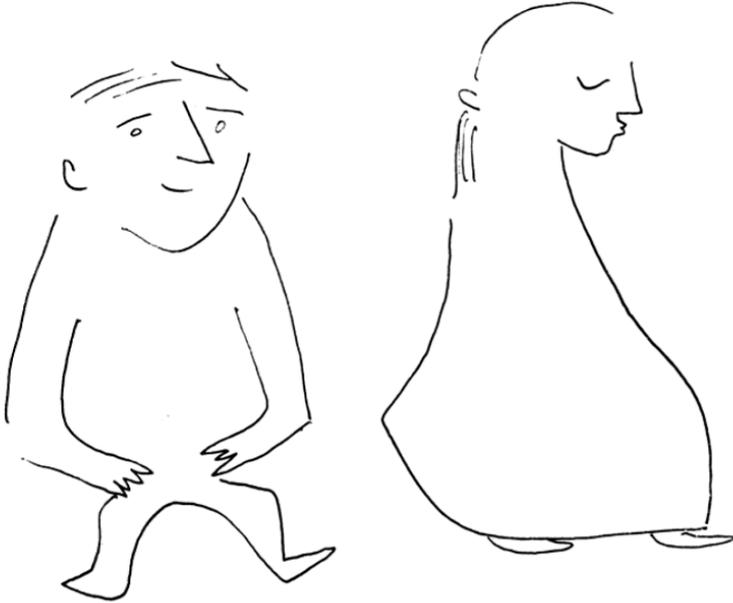
Al principio me dio mucho gusto el comentario. Después me puse a pensar que, en efecto, el señor tenía razón. Para mí era mucho más divertido escribir las crónicas que ir a ver las obras. Pero si escribiendo yo les evitaba a muchas personas la molestia de ir al teatro, estaba convirtiéndome en su chivo expiatorio, papel que no estaba yo dispuesto a aceptar.”

PARA QUÉ SIRVE LA CRÍTICA
*El juego de Juan Pirulero
 en Autopsias rápidas, p. 13*

“Cuando Usigli regresó a México para el estreno de *Corona de fuego*, obra que me parece abominable, concedió una entrevista en la que, cuando se le preguntó su opinión sobre los escritores jóvenes, dio una docena de nombres pero no el mío. Entonces me dio mucha rabia. Ahora, a veinte años de distancia, comprendo que esta omisión pudo deberse a un milagro operado por la entrevistante.

El caso es que yo, en venganza, escribí, y publiqué en el suplemento de *Novedades*, una nota intitulada *Sublime alarido del ex alumno herido* acompañada de una tragedia en verso libre que se llama *No te achicopales Cacama*. Nada de lo que he escrito ha sido tan venenoso ni nada ha tenido tanto éxito.

Femme passionné et
homme indifférent —



La batalla de
los nexos —

Dibujo de Jorge Ibarquingaita

1962

“La idea de escribir *El atentado* me vino oyendo la conversación de dos licenciados en una cantina irapuatense, una tarde de julio de 1958”

BREVE HISTORIA DE ESTA OBRA
en *El Atentado*, p. 7.

“En 1962 escribí *El atentado*, mi última obra de teatro. Es diferente a las demás: por primera vez abordé un tema público y basé la trama en un incidente real, la muerte, ocurrida en 1928, de un presidente mexicano a manos de un católico. La mandé a un concurso en México y no pasó nada, la mandé a Cuba y ganó el premio de teatro de la Casa de las Américas en 1963. Durante quince años, en México, las autoridades no la prohibieron, pero recomendaban a los productores que no la montaran “porque trataba con poco respeto a una figura histórica”. Fue estrenada en 1975.”

JORGE IBARGÜENGOITIA DICE DE SÍ MISMO
Vuelta, marzo de 1985
en *Instrucciones para vivir en México*, p. 14.

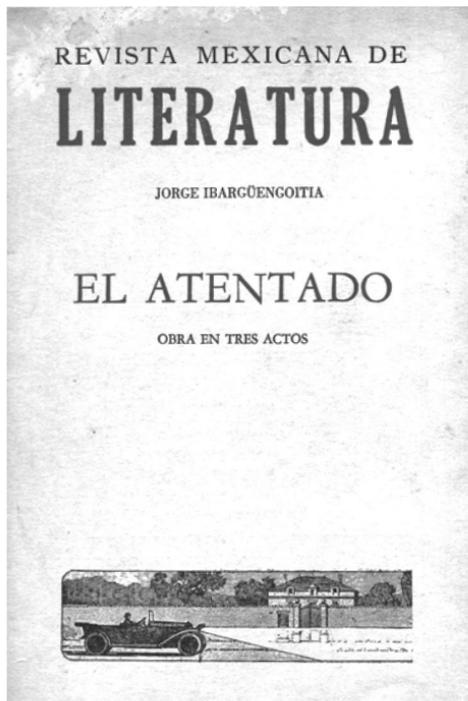
1963

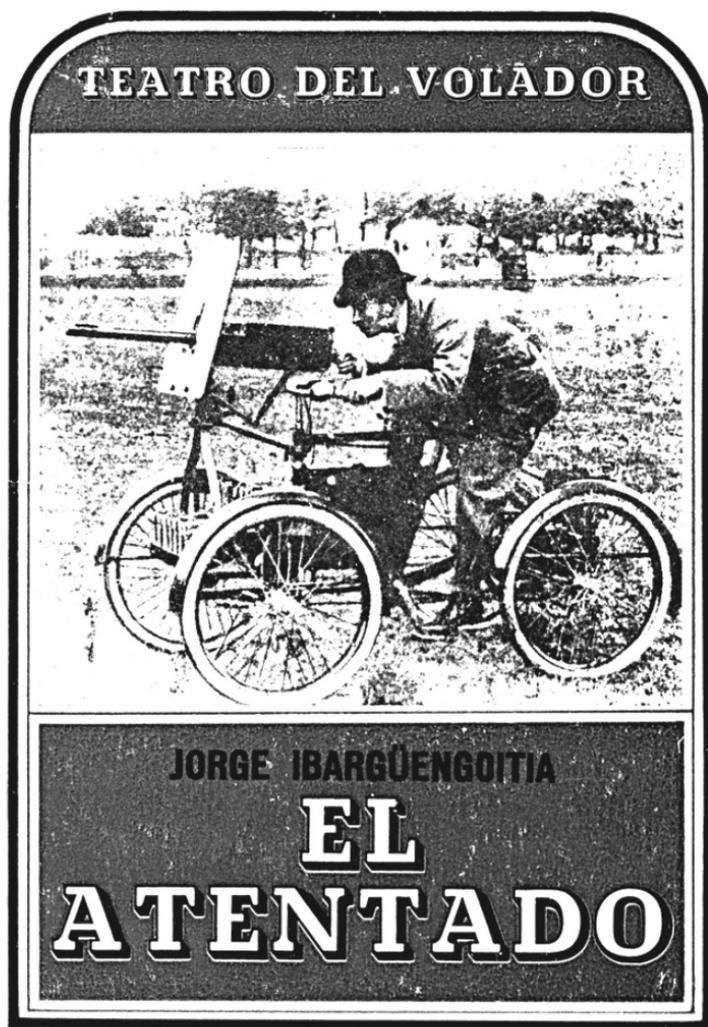
“*El atentado* me dejó dos beneficios: me cerró las puertas del teatro y me abrió las de la novela. Al documentarme para escribir esta obra encontré un material que me hizo concebir la idea de escribir una novela sobre la última parte de la revolución mexicana basándome en una forma que fue común en esa época: las memorias de general revolucionario. (Muchos generales, al envejecer, escribían sus memorias para demostrar que ellos eran los únicos que habían tenido razón.) Esta novela, *Los relámpagos de agosto*, fue escrita en 1963, ganó el premio de novela Casa de las Américas en 1964, fue editada

en México en 1965, ha sido traducida a siete idiomas y en la actualidad, diecisiete años después, se vende más que nunca.

El éxito de *Los relámpagos de agosto* ha sido más prolongado que estruendoso. No me permitió ganar dinerales pero cambió mi vida, porque me hizo comprender que el medio de comunicación adecuado para un hombre insociable como yo es la prosa narrativa: no tiene uno que convencer a actores ni a empresarios, se llega directo al lector, sin intermediarios, en silencio, por medio de hojas escritas que el otro lee cuando quiere, como quiere, de un tirón o en ratitos y si no quiere no las lee, sin ofender a nadie, en el comercio de libros no hay nada comparable a los ronquidos en la noche de estreno. ”

JORGE IBARGÜENGOITIA DICE DE SÍ MISMO
Vuelta, marzo de 1985
en *Instrucciones para vivir en México*, p. 14.





Joaquín Mortiz

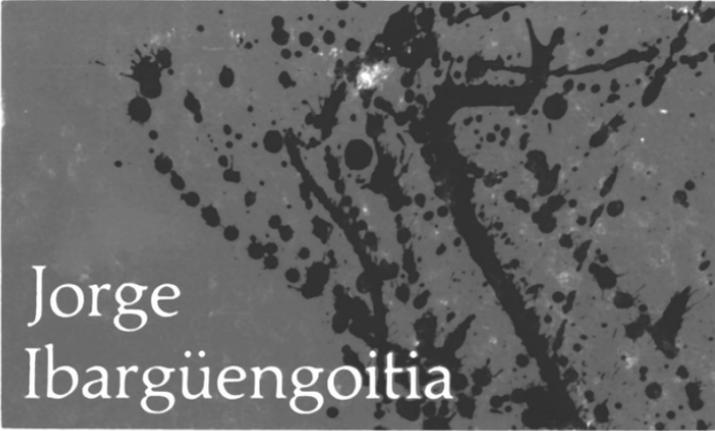
“He dicho con frecuencia que *Los relámpagos* fue escrita en cinco semanas, pero es mentira. Lo que aparece en el libro fue, en efecto, escrito o en el Viernes Santo de 62, o en cinco semanas de julio y agosto de 63, pero entre uno y otro tirón hay quince meses de estancamiento y desorientación debido a la mente retórica y rencorosa del narrador. Puse punto final pocos días antes de hacer las maletas para irme a los Estados Unidos a dar clases.

Los relámpagos de agosto fue una novela concebida como tal por alguien que nunca había escrito una novela.”

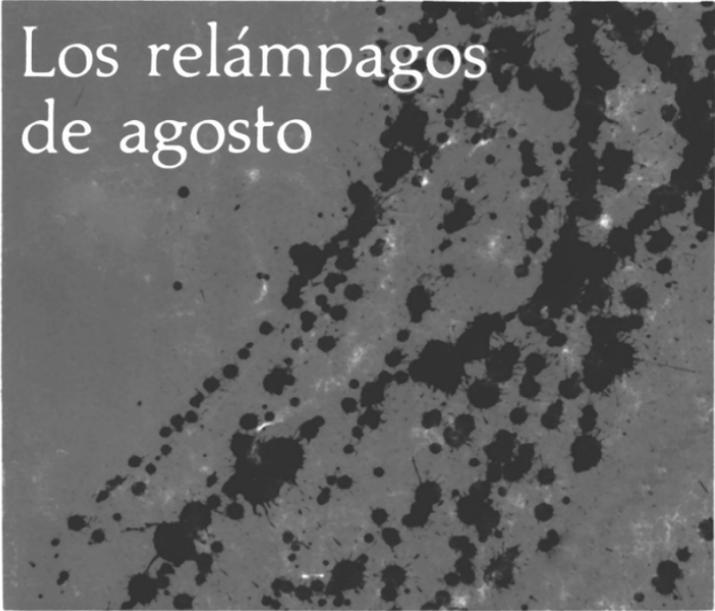
BREVE RELACIÓN DE ALGUNOS DE MIS LIBROS

Memorias de novelas
en *Autopsias rápidas*, p. 73-74.





Jorge
Ibargüengoitia



Los relámpagos
de agosto



serie del volador

1964

“Mi último día en La Habana lo pasé acatarrado, entre sábanas, bebiéndome el Bacardí que me había mandado, como regalo, el Instituto Cubano de la Amistad con los Pueblos, masticando pastillas de Anahist fabricadas en Morris Planes, New Jersey, que habían llegado a Cuba gracias al canje de invasores prisioneros, leyendo Valle-Inclán y perdiéndome el único acto público importante que ocurrió en La Habana durante mi estancia: el Desfile de Carnaval.

Era un domingo de Cuaresma, el personal de la Casa de las Américas se había ido en *masse* a Santa Clara, al entierro del padre de la Directora, y el resto de la población estaba en el Desfile. No hubo necesidad de hablar con nadie.

Mi viaje a Cuba había comenzado quince días antes.

-Soy invitado del gobierno. Me llamo Jorge Ibargüengoitia. Mi novela fue premiada en el Concurso de la Casa de las Américas.

Nadie vino a recibirme. Soy mexicano...”

REVOLUCIÓN EN EL JARDÍN
en Viajes en la América Ignota, p. 32.

31-VII-64

Para la señora
Luz Antillón de
Ibargüengoitia,
con admiración
y afecto, de
Jorge I.

TEATRO

Oración fúnebre en honor de Jorge Ibarguengoitia

Por Jorge IBARGÜENGOITIA

Escribo este artículo no más para que no digan que me retiré de la crítica porque Monsiváis me puso como Dios al perico (ver el número de junio de esta revista) o porque me corrieron de aquí por mal crítico. No me voy ni arrepentido, ni cesante, ni, mucho menos, a leer las obras completas de Alfonso Reyes. Me voy porque ya me cansé de tener que ir al teatro (actividad que he llegado a detestar), escribir artículos de seis páginas y entregarlos el día veinte de cada mes. Los artículos que escribí, buenos o malos, son los únicos que puedo escribir. Si son ingeniosos (ver Monsiváis, *loc. cit.*) es porque tengo ingenio, si son arbitrarios es porque soy arbitrario, y si son humorísticos es porque así veo las cosas, que esto no es virtud, ni defecto, sino peculiaridad. Ni modo. Quien creyó que todo lo que dije fue en serio, es un cándido, y quien creyó que todo fue broma, es un imbécil.

Antes de hacer algún comentario a lo que dijo Monsiváis, quiero advertirle al mismo que no habrá la polémica que creyó iniciar "sin previo aviso", porque si él quiere que la crítica se haga "partiendo"..., de un respeto elemental hacia lo que se juzga, para concluir por un proceso orgánico en la pérdida o en el enriquecimiento de ese respeto, que la haga él, porque para mí, el respeto mismo debe tener una base orgánica y en general puedo decir que respeto mucho más al teatro que a las obras que se montan en él y, en particular, que respeto mucho más a Landru que a Alfonso Reyes.

En cuanto a la acusación de que me hace objeto Monsiváis de "tomar el rabano por las hojas" (expresión que nunca me atrevería a usar, porque no sé si "tomar" equivale a "coger" o a "comfundir") y de emplear frecuentemente expresiones tales como "es como si tal cosa" o "es como si tal otra", debo decir que el recurso aludido me parece perfectamente válido, aunque, claro, requiere cierta pericia en el uso y una habilidad natural para encontrar equivalencias. Acepto los riesgos del procedimiento y por eso lo uso. Monsiváis, en cambio, a pesar de considerarlo ilícito, lo usa para criticarme a mí. Dice, por ejemplo, refiriéndose a mis objeciones al comienzo de *Landru*: "No se requería que [la obra] empezara diciendo: 'En enero de 1915, Landru asesina a Madame Cuchet y a su hijo. Trágico incidente que inicia una carrera de...', aunque esto en rigor exija Ibarguengoitia...". En las frases contenidas en esta cita hay un "es como si" oculto, porque yo nunca exigí tal cosa. La cita puede redactarse de la siguiente manera: "es como si Ibarguengoitia exigiera que la obra comenzara

dicuyendo, etcétera." "Es como si" yo fuera tan tonto para exigir tal cosa. Porque aunque, como dice Monsiváis, el monólogo parte de la realidad de Landru, lo único que sabemos de él es eso, precisamente: que, en enero de 1915, asesinó a Madame Cuchet. Pero ¿por qué la asesinó? Monsiváis tiene la certeza de que "la nota roja es la historia sentimental de Occidente". Pero la nota roja sólo nos informa quién mató a quién y dónde y cuándo, el por qué es materia de conjetura y asunto precisamente del cine, del teatro, de la novela, etcétera. Así que ¿por qué asesinó Landru a Madame Cuchet? Vaya usted a saber, porque el Landru de don Alfonso nos responde con otra pregunta:

"¿Qué suceder es éste, qué armonía vibrada entre la rueda y el cuadro? ¿Quién al espacio-tiempo me confía? ¿Quién se burla de mí, pues me ha [creado]?"

Ahora bien, yo pido a mis lectores que se sienten en el teatro a ver a un señor que sale a decir esta cuarteta y verán si entienden a qué rueda y a qué cuadro se refiere don Alfonso, con el erudito que era. Por eso dije que me parecía "pedante, confusa y floja".

En cuanto a mi "Bella Inducción..." en el terreno de las ilusiones finas." (Nótese el sarcasmo). "Se identifica aquí entonces a Landru con los anhelos incumplidos de quien al no ser asesino notable, si fue director del Colegio de México!" Pues sí. Precisamente. Landru que la identificación no la hice yo, sino

Gurrula. Esto puede comprobarse fácilmente comparando una foto del verdadero Landru, con las de Alfonso Reyes y Carlos Jordán, para que se vea quién se parece a quién.

Se me acusa de ortodoxia porque dije que la obra no era opereta, pero esto no es sino otra vez el mismo recurso: "es como si" yo hubiera dicho que no era opereta, sino sainete, cuando dije que no era opereta, sino cuatro monólogos y dos coros. El recurso está otra vez mal usado, porque no estaba yo aludiendo al género, sino a lo incompleto de la pieza, y al hecho de que no tiene diálogo, recurso inventado hace dos mil quinientos años.

De *La mano del comandante Avanda* dije que era tediosa, porque me mató (metafóricamente) de tedio. Si es, como afirma Monsiváis, "un resumen de las aventuras de una mano, como tema y como símbolo contemporáneo", cabe advertir que en el resumen faltó hacer mención de la masturbación, omisión que me parece imperdonable en una obra tan ambiciosa.

Por último, quiero hacer notar que Monsiváis también cae en el error de que me acusa, de hacer afirmaciones rotundas al decir: "una certeza: la nota roja es la historia sentimental de Occidente", o bien, "la defensa de quien ('primer hombre de letras de Hispanoamérica') por sí solo establece una categoría". Ah, sí! Lo que pasa es que cada quien tiene su cañoncito, unos, grandote y otros, chiquito, y cada quien lo usa como puede, pero venirme con la reclamación de que estoy destruyendo prestigios por amor al malabazarismo, sale sobrando, porque con otros me he medido y nadie dijo nada. El caso es que decir que Alfonso Reyes escribió dos obras malas (una de las cuales, por cierto, él no se atrevió a publicar) sigue siendo aquí un pecado tan grande "como si" alguien dijera, hace cincuenta años, que Ángela Peralta cantaba muy feo, o hace veinticinco que Francisco Sarabia era un mal piloto. Así que: ¡Viva México! ¡Gloria a los héroes que nos dieron libertad!



(Carlos Jordán; como Landru, como Alfonso Reyes)



1965

“En 1965 conocí a Joy Laville, una pintora inglesa radicada en México, nos hicimos amigos, después nos casamos...”

JORGE IBARGÜENGOITIA DICE DE SÍ MISMO
Vuelta, marzo de 1985
en Instrucciones para vivir en México, p. 13.





1968

“Un mediodía estábamos mi mujer y yo en la azotea, tomando el sol. Del otro lado de la calle había una casa medio derruida de la que se alcanzaba a ver el corral, en donde había unas mujeres que siempre estaban lavando, un granado, un mezquite y un burro.

Más lejos, cuesta abajo, se veía el caserío, la calle precipitosa, la silueta ridícula de la parroquia, el valle extenso y, al fondo, la sierra de Guanajuato. Era uno de esos momentos raros en que no se oye ni el rugido de un camión ni la música de una sinfonía. Entonces apareció el avión. Era un avión chiquito, de zumbido modesto. Lo miré fascinado. Se recortó en el cielo azul cobalto, relampagueó al reflejar el sol, dio dos vueltas sobre la ciudad y se perdió entre los montes. En ese momento, creo, fue concebida *Maten al león*.”

REGRESO A AREPA
en *Autopsias rápidas*, p. 81.

“En 1968 alguien quiso hacer una película basada en *El atentado* y me pidió una adaptación que no nos fuera a prohibir la censura. El primer paso parece muy lógico: para que nadie diga que estamos faltando el respeto a los héroes y ofendiendo a los católicos, vamos a situar la acción en un país imaginario y a convertir a los católicos en una clase alta en peligro de ser despojada. En vez del convento de la abadesa, imaginé el salón de una señora guapetona, dominante y muy rica. Al hacer estos movimientos de adaptación, decidí aprovechar una serie de elementos de la anécdota real que habían quedado excluidos en *El atentado*, como son el intento que hizo el señor Vilchis de arrojar una bomba en el coche en que Obregón iba a los toros, y la trama maravillosa de enterrarle al Presidente electo un fistol envenenado durante el baile con que se conmemoraba el aniversario de la batalla de Celaya -esta trama falló porque la presunta víctima no sacó a bailar a la señorita que iba dispuesto a matarlo-.

Inventé una isla redonda, que se llama Arepa, un mariscal de campo que la gobierna, es Héroe Niño de la guerra de Independencia, y en vez de dar el Grito cada año desde el balcón del palacio se echa al mar con un machete y, seguido de los indios de Paso de Cabras, nada hasta el fuerte del Pedernal, en donde muchos años antes tuvo su victoria decisiva contra el ejército español.

También inventé a Pepe Cussirat, “el primer arepano civilizado” que llega a la isla con la intención de matar a su Presidente, en el primer avión que se ha visto en ese lugar. La acción se desarrolla en 1929.

¿Por qué esto que había sido concebido como guión cinematográfico acabo siendo novela? Porque cuando me senté frente a la máquina no pude escribir el guión y tuve que escribir la novela. [*Maten al león*].

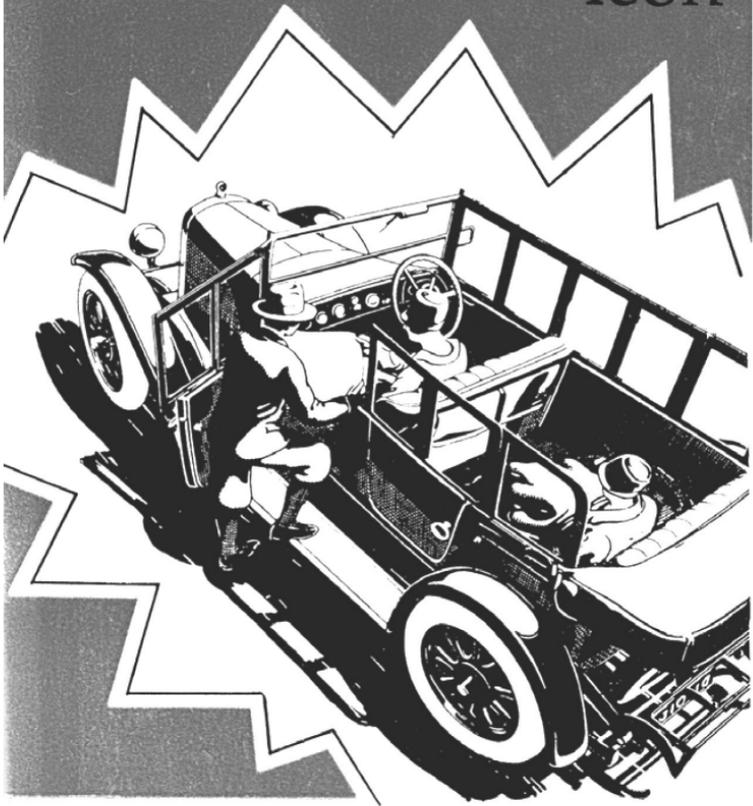
La isla de Arepa es un lugar no sólo imaginario, sino imposible: la sociedad que la habita supone una riqueza que no podría existir en una isla de ese tamaño, el mariscal de campo es un tirano democrático, es decir, está en el polo opuesto de los dictadores del Caribe de que yo tengo noticia; los personajes de la clase media hablan como guanajuatenses; el pueblo, en cambio, anda bailando conga.”

BREVE RELACIÓN DE ALGUNOS DE MIS LIBROS
Memorias de novelas
en Autopsias rápidas, p. 74-75.



Jorge
Ibargüengoitia

Maten al
león



serie del volador

Jorge Ibarzüengoitia

Maten al león



serie del volador

1969

“López Azuara subió la escalera de mi casa y, como todos los que la suben por primera vez, tropezó al llegar al último escalón, que es dos centímetros más alto que los demás. “Vengo de parte de Julio Scherer -me dijo -para invitarlo a que colabore en la página editorial de *Excélsior*”.

Yo compraba rara vez el *Excélsior* -o cualquier otro periódico-, más rara vez lo leía y de las páginas editoriales no leía más que las letras que aparecían en el cartón de Quezada. Sin embargo acepté inmediatamente.

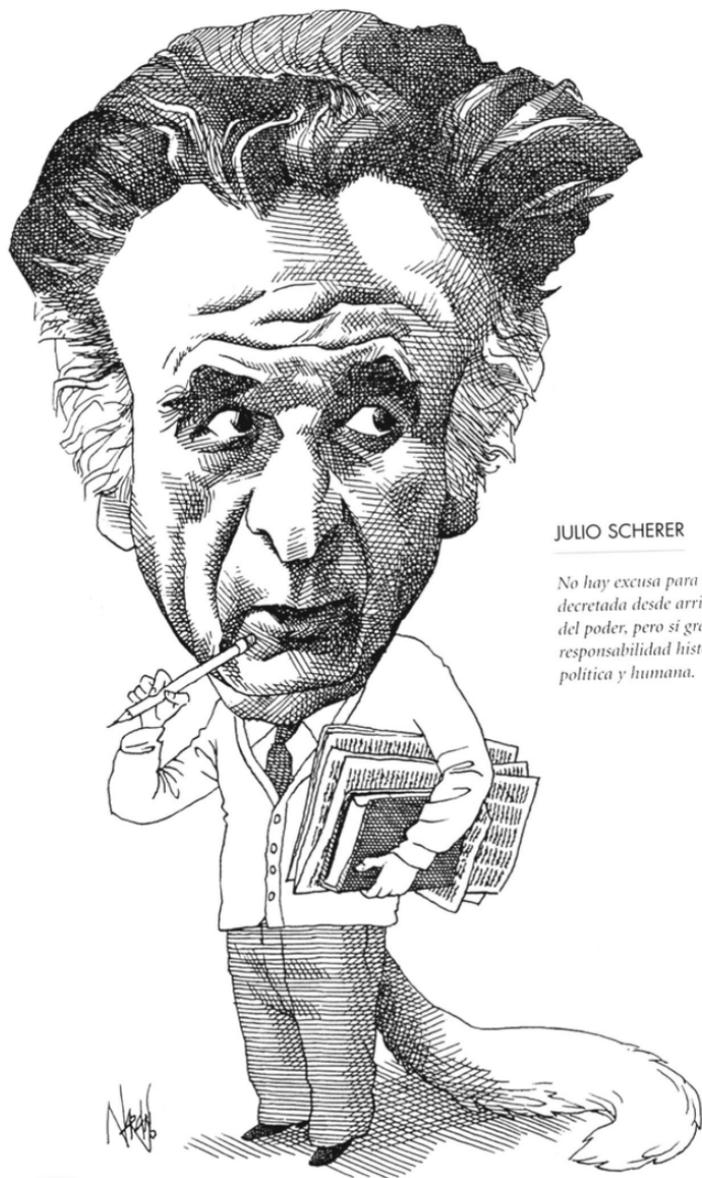
Pocos días después conocí a Julio Scherer en las oficinas de la dirección. Su cortesía y la cordialidad efusiva con que me recibió me halagaron y me causaron muy buena impresión, aunque era indicio claro de que él y yo éramos animales de diferente especie. Recuerdo que me dio una tarjeta en la que había apuntado dos números de teléfono, frente a uno había escrito “oficina” y frente al otro, “su casa”, es decir, la mía, es decir, la de él.

Scherer me dijo:

–Quiero que usted escriba uno o dos artículos humorísticos a la semana, sobre los temas que usted quiera, le prometo, don Jorge, que todo lo que usted diga, mientras no vaya en contra de los intereses del periódico, será publicado. En resumidas cuentas quiero que haya un rincón de este periódico en el que usted se sienta a gusto y pueda hacer lo que se le antoje.

Al oír aquellas palabras creí que estaba oyendo otra fórmula cortés, pero al examinar mi experiencia de ocho años en el periódico acabo por reconocer que fueron la pura verdad. El único tropiezo que hubo con mis relaciones con Scherer y con la subdirección editorial fue el que dio López Azuara al llegar al último escalón de mi escalera, de lo demás no tengo queja.”

LOS PERIÓDICOS EN MI VIDA
Los años con Scherer
 en *Autopsias rápidas*, p. 120-121.



JULIO SCHERER

No hay excusa para la decretada desde arriba del poder, pero sí gran responsabilidad histórica y humana.

1970

“Pasaron veintitrés años. Regresé a París una mañana de octubre, en el carro comedor del *Simplon Express*. Ante mí, sobre la mesa, entre las tazas sucias y los frascos de mermelada, se extendía *Le Figaro* que nos había regalado la compañía de *Wagon-Lits*, no me daba cuenta de que es un periódico pésimo.

París y yo habíamos cambiado. Yo era un escritor robusto en la flor de la edad -cuarenta y dos años-, que había desarrollado una antipatía hacia Francia debida a su gobernante -el general de Gaulle me pareció detestable desde que entró en escena, en 1940, hasta que fue sepultado, y que tenía complejo de hablar mal el francés. París había rejuvenecido -habían lavado las fachadas-, se había llenado de coches, la moneda se había consolidado -en vez de \$1.60 había que calcular cincuenta dólares diarios-, había prosperidad -la gente tenía dinero pero seguía de mal humor-.”

EN PRIMERA PERSONA

Un lugar donde quedarse

Vuelta No. 82, septiembre de 1983

en La casa de usted y otros viajes, p. 220.

1971

“Otra imagen vana que me gusta conjurar, es el señor Presidente, por la mañana, antes de probar el jugo de naranja, preguntando:

¿Qué dijo hoy Ibargüengoitia?”

¿SI TACHAMOS NOS HUNDIMOS?

Escritores toreros

9 de marzo de 1971

en Ideas en venta, p. 31.



1973

“El miércoles pasado, 29 de agosto de 1973, a las siete de la noche, murió Luz Antillón, que fue mi madre.

Cuando yo estaba en la agencia, escogiendo la caja, oí su voz que me decía:

-¡La más barata, la más barata!

Creo que si hubiera visto la que compré, hubiera dicho:

-Muy bien. ¿Pero cuánto te habrá costado? ¡A poco cuatrocientos pesos!

Los empleados de la agencia, que la cargaron y la bajaron a la tumba, le hubieran causado muy buena impresión.

-Muy limpios, muy bien rasurados, dos de ellos bastante guapos. ¡Pobres muchachos, que oficio tan horrible el de andar cargando muertos!

Murió como vivió, dando órdenes. Algunas de ellas completamente equivocadas, que estuvieron a punto de costarnos la vida o una hernia a los que la atendimos en su enfermedad. Por ejemplo, me dijo:

-Quiero morirme en esta cama -la que había usado cuarenta años no vayas a discurrir cambiármela por una de hospital.

Cumplirle este deseo causó muchas dificultades, pero ella murió en la cama que escogió.

Una de sus últimas empresas fue leer los siete tomos de *En busca del tiempo perdido* que yo nunca creí que iba a poder terminar. Solía decir:

-¡Pobre de Swann! ¡Cómo lo ha hecho sufrir esa mujer!

Un día, entré en la sala y ella bajó el libro y me dijo:

-¡Ya se murió Albertine!

Otra empresa fue tejer una serie de chales con unos estambres que mi mujer le regalaba. Suspendió el trabajo en el último, azul marino, el día en que un derrame cerebral le inutilizó la mano derecha. Uno de estos chales, gris claro, se fue con ella en el féretro.”

ENSAYO DE NOTA LUCTUOSA

*No manden flores, 4 de septiembre de 1973
en Instrucciones para vivir en México, p. 294-295.*



“Barcelona.- El departamento de nuestras amigas, donde estamos viviendo mi mujer y yo, tiene dos llaves.

La llave número dos es la que realmente cuenta. Es más pequeña, más negra, más dura y más pesada. Es la que abre la puerta del departamento propiamente dicho.

Estamos en un piso que aquí se llama tercero -primera puerta a la izquierda-, en buenas palabras, quinto. Las escaleras son como para ponerse a pensar detenidamente si es indispensable o no lo que uno va a hacer en el otro extremo [de la ciudad], antes de subirlas o bajarlas, pero la vista es magnífica.

En las mañanas me despierta un gorjeo. Asomo a la ventana. No son palomas, son doscientas amas de casa. Unas salen por la puerta del Ayuntamiento viejo, otras bajan por la calle del Conde del Asalto, otras suben por la de los Gigantes. Son gordas, cincuentonas, y llevan bolsas como para ir al mercado. Parece que todas se conocen. Hablan entre sí en catalán, a gritos. Forman una especie de fila, como para entrar en el edificio nuevo del Ayuntamiento. A los diez minutos la fila se rompe y cada una se va por donde vino, hablando todavía en catalán. No volveré a verlas hasta mañana, a la misma hora. Este es uno de los misterios de Barcelona.”

CARTA DE ESPAÑA

*Los misterios de Barcelona, 2 de octubre de 1973
en ¿Olvida usted su equipaje?, p.97-98.*

“Pasan tres años y regresamos a París en un viaje que reúne todos los requisitos de un desastre. Son los siguientes: salir de Barcelona a las ocho de la mañana, crudo, al cruzar la frontera olvidar cambiar dinero en francos –es domingo-, al abordar el tren francés ocupar un lugar que dice *reservé*, llegar a París a la media noche en septiembre sin reservaciones en ningún hotel. Creo que esa vez fuimos afortunados porque en el vigesimotercer hotel en que entré a preguntar si tenían cuarto, el encargado se compadeció de mí, salió conmigo a la calle y señaló en una dirección.

–Esa calle –me dijo- se llama de los Cuatro Vientos. A media cuadra está el hotel del Globo. Allí siempre hay lugar.

En efecto, había lugar. Era un cuarto lleno de espejos con una sobrecama que figuraba la piel de un leopardo. La encargada quería que mi mujer diera su número de Salubridad, pero se conformó con el pasaporte.”

EN PRIMERA PERSONA

*Un lugar donde quedarse, Vuelta No. 82, septiembre de 1983
en La casa de usted y otros viajes, p. 220-221.*

“Yo en París he comido horrible y también he comido estupendamente. Mi experiencia parisina cuando uno no conoce la ciudad me indica que hay que guiarse por las siguientes reglas:

Primera: restaurante que tiene el menú en cuatro idiomas, hay que huírle. Restaurante vacío, huírle. Restaurante lleno de turistas, huírle.

Segunda: hay que acostumbrarse a sentir hambre cuando la sienten los franceses -o de preferencia, un poco antes- es decir, a las doce del día y de las seis de la tarde en adelante. Si se le antoja a uno comer chilaquiles a las diez de la mañana, está uno destinado al fracaso.

Tercera: al menor vestigio de hambre, salir de la zona turística y entrar en barrio nativo.”

PARÍS GASTRONÓMICO

*Problemas alimentarios, 26 de octubre de 1973
en ¿Olvida usted su equipaje?, p.102-103.*

1974

“Si no se cae el avión, cuando este artículo vea la luz pública voy a estar en Argentina. Sábado en la noche. Estaba yo muy tranquilo, jugando ajedrez con mi mujer, cuando llamaron a la puerta. Era una camioneta del Fondo de Cultura Económica. Un recado: “Que llame a tal teléfono, el lunes a primera hora”. Pasó un rato antes de que me diera cuenta de la última frase, “para un asunto de carácter presidencial”.

–Han de querer invitarme a un desayuno a deshora -dije.

...Y que pasa el sábado y que pasa el domingo y que llega el lunes y que hablo al Fondo y que me dicen que se trata de que yo vaya a Argentina -con otros, no sé, más de cien, intelectuales mexicanos.

–¿Es gratis? -pregunto.

–Hombre, por sabido se calla, me contestan.

–Déjenme pensar un rato -digo, y cuelgo.

¿Por qué pensar un rato? Porque yo siempre he dicho que lo que quiero es que me inviten a una cosa de éstas para poder decir que no voy.

Me doy una vueltecita por el jardín, como meditando. Le digo a mi mujer de qué se trata.

–You *lucky swine* -me dice.

Eso me decide. Ni hablar, voy.

En la tarde saco del ropero mi traje azul marino, que, oh, maravilla, todavía me cierra.

–Éste, para el suceso presidencial –me dice mi mujer, mientras lo sacude.

Ella lo cuelga de un perchero. Yo me quedo pensando:

–Nadie me va a creer, pero esto es lo único que le he chupado a la patria.”

VIAJE GRATIS

Rumbo a un hemisferio desconocido, 19 de julio de 1974
 en *La casa de usted y otros viajes*, p. 242-243.



“Mi primer acto oficial consistió en salir del bar para ver llegar a Echeverría al hotel Plaza. Había filas de policías de azul marino, con abrigo, metralleta y banda azul celeste en la gorra, motocicletas y filas de curiosos en la plaza San Martín.

Los que estábamos allí no entendimos lo que vimos, porque Echeverría, en vez de entrar en el hotel se fue caminando por la calle Florida, desconcertando a la policía y los transeúntes.

Esa noche la recepción en la residencia de la Embajada de México empezó con un apagón.

En el jardín, la gente se arremolinaba para acercarse a Echeverría, darle la mano, cambiar con él dos o tres palabras y causarle una impresión imborrable.

Al día siguiente se organizaron varias reuniones con la esperanza de que cada artista o intelectual mexicano tuviera modo de ponerse en contacto con su equivalente argentino. Yo afortunadamente no encontré el mío.”

AVENTURAS EN ARGENTINA

*Entre la crema y la nata, 26 de julio de 1974
en La casa de usted y otros viajes, p. 247-248.*

“En cinco días nadie me pidió limosna, no vi a nadie asomado a una ventana mirando a otro comerse un bistec, en los zaguanes no vi borrachos perdidos, ni recitadores locos.

La gente sale del cine a las dos de la mañana -cuando no hay función de traspasado, que es más tarde- y a esas horas se van a comer un bife del precio que les dé la gana. Los hay de cinco pesos hasta cuarenta.

Después, ya cenados, si no les da la gana irse a acostar, pueden meterse a una serie de establecimientos de los que yo, francamente, no conozco el equivalente mexicano.

Conocí uno, por ejemplo, que era del nivel de la calle, dos pisos para abajo. El primero tenía forma de herradura, estaba en penumbra y había una barra. Por el hueco de la herradura se podía ver el show que estaba en el piso de mero abajo. Cuando llegué me tocó ver a una mujer, con vestido sicalíptico, que se jalaba los pelos y cantaba tangos abandonados. Pasó un rato antes de que yo me diera cuenta de que estaba rodeado de prostitutas. Tan guapas, que vienen a México y acaban con casa en las Lomas al cabo de dos semanas.”

EXPEDICIÓN A LA CALLE

*De Florida a Suipacha, 2 de agosto de 1974
en La casa de usted y otros viajes, p. 254.*

“Desde hace un año mi mujer y yo estamos preparando este viaje. Primero nos vamos tres meses a Londres -solíamos decir- y después nos iremos a las islas del mar Egeo.

Tenemos pensado que cuando estemos en Londres vamos a trabajar.

Si es posible con vista a Hyde Park, o a Kensington Gardens. Mi mujer pinta y yo escribo. Necesitamos por consiguiente, dos habitaciones, mínimo, porque si no, yo acabo metiendo el pie por los cuadros de mi mujer y ella arrojando la máquina a la calle.”

FIN DE NEUROSIS

*Preparativos de viaje, 25 de septiembre de 1974
en La casa de usted y otros viajes, p. 259-260.*

“Londres.- Antes de salir a cualquier viaje, me pasa lo mismo: platico con alguien que acaba de regresar del lugar a donde yo voy, que me cuenta maravillas.

Desde el cuarto donde escribo veo una escalera de caracol de hierro fundido que me gustaría llevarme a México, un geranio en un bote, un jardín que está marchitándose rápidamente, un sicómoro que está tirando las hojas, y una escalera de mano, amarrada a la de caracol con una cadena y un candado -indicio de que el rumbo está lleno de ladrones-.

Los muebles son antiguos -mi madre los hubiera calificado de “puros vejestorios”- entre ellos abundan las cómodas y las mesas plegadizas. Hay un sillón que se convierte en mesa y también en cama -una cama para un señor paralítico y muy chaparro- y espejos en donde menos se lo espera uno.

En la sala hay un armario de los que parecen tener esqueletos. Lo primero que hicimos al entrar en el departamento fue abrirlo. Adentro no había más que estantes cubiertos con un hule de florecitas rojas.

Este armario -que usamos para guardar los catalejos y las botellas tiene la peculiaridad de estar junto al punto clave de la cañería de toda la cuadra: cada vez que alguien jala la manija de un excusado, o destapa la tina de un baño, hace un ruido que parece que se está inundando el armario.

El rumbo es como la colonia de los Doctores de Londres. Hay muchas casitas iguales, con muchos cochecitos iguales. En las mañanas se abren las puertas de las casas, salen los señores -la mayoría negros- se suben en los coches y se van a trabajar.”

VIDA COTIDIANA

*Como en la colonia de los Doctores, 23 de mayo de 1975
en Ideas en venta, p. 321-323.*



1975

“Uno de los más grandes complejos nacionales que tienen los ingleses es el de no saber cocinar.

Bueno, pues lo más raro de todo es que hemos estado comiendo estupendamente. Claro que mi mujer y yo no estamos ni en casa de huéspedes ni en comedor de escuela. Estas experiencias no quiero ni imaginarlas. Pero salir a la calle, comprar bastimento, traerlo a la casa y cocinarlo es algo que se hace con igual o mayor comodidad que en México.

Vivimos en un barrio que, como decía en otro lado, es equivalente a la colonia de los Doctores, es decir, céntrico, pero notable por su falta de comercio. Con todo, salgo de mi casa,

camino dos cuadras hacia el sureste y llego a “Merenghini and Sons, Limited”, en donde encuentro veinticinco clases de quesos, nacionales e importados, tocino como no había yo comido en mi vida, jamón cocido de magnífica calidad -a sesenta pesos kilo-, pavo deshuesado y rebanado, lengua de res embutida, lomo embuchado, chorizos, mortadelas, salamis, jamón de Parma, carísimo, pero de primer orden, latas de *paté foigras*, francés, a diez pesos, de atún español, a ocho pesos, de anchoas *ídem*, a cinco pesos, mantequillas nacionales o importadas de Holanda, Dinamarca o Nueva Zelanda, a cuatro cincuenta la barra de un cuarto; aceitunas negras, griegas a veinticinco pesos kilo; tallarín, importado de Italia, o de Hong Kong; arroz, traído de Italia, de Pakistán, o de los Estados Unidos; frijol ojo de liebre, frijol blanco, frijol canario, traídos de Italia; chiles en vinagre traídos de Yugoslavia; pan estilo francés o estilo italiano, pan de rebanada, cuernito, galletas inglesas que, esas sí, son las mejores del mundo.

Salgo de Merenghini y voy a la carnicería. Allí encuentro filete de vaca escocesa o de vaca inglesa, a cien pesos el kilo, pero con derecho a comprar el trozo que más me acomoda. Cordero neozelandés, inglés o australiano, puerco inglés.

A media cuadra, de regreso, está la verdulería: allí compro las mejores papas del mundo, los mejores pepinos y los mejores apios.

En la vinatería compro *Punt e Mes*, a cuarenta y cinco pesos la botella, Valpolicella, a veinticuatro, un Burdeos corrientón, a treinta, vino español de mesa, a dieciocho pesos, whisky, a setenta y cinco, ginebra Beefeaters a ochenta, champaña, a ciento diez.

Pero lo mejor de Inglaterra es el pescado. Ese lo compro en Overton's, frente a la estación Victoria, a diez minutos en camión. Pescado fino que acaba de salir del mar, sol languado, mero y bacalao fresco.

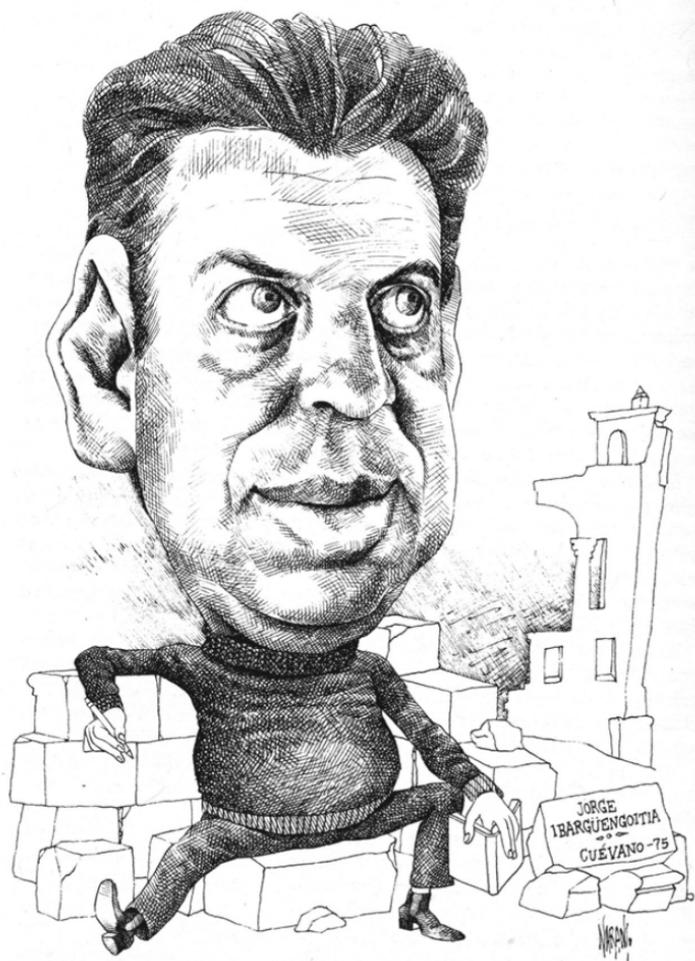
Delicioso, entre treinta y ochenta pesos kilo.”

CON HAMBRE EN LONDRES

El paseo del glotón

3 de enero de 1975

en ¿Olvida usted su equipaje?, p.122-124.



“El viernes vence el contrato del departamento amueblado que alquilamos en Londres y tenemos que desocuparlo. El sábado, nos informa la dueña de la casa, llegan dos alemanes que vienen a tomar nuestro puesto.

El futuro es interesante, pero oscuro. De aquí nos vamos a Penzance, un puerto en la costa de Cornwall, famoso porque cerca de allí se hunden los barcos. Allí pasaremos quince días y regresaremos a Londres nomás para tomar el avión que nos llevará a Egipto. Allí veremos las pirámides, Luxor y Assuán y haremos lo que hacen los turistas. A todo esto llega marzo y con marzo, la primavera. Nos iremos a Alejandría y allí tomaremos el primer barco que pase y que nos lleve a donde sea -en el mapa todo se ve muy cerca-: Creta, Sicilia, Grecia o Italia. [...] De regreso en Europa, viajaremos veintiún días, con unos abonos de tren especiales, alrededor del Mediterráneo, hasta encontrar un lugar que nos acomode y allí nos estableceremos en otro departamento amueblado, con vista al mar, esperamos, y meditaremos, comeremos mariscos, beberemos vino corriente, de la región, y trabajaremos en todo lo que no hemos trabajado en Londres.”

PREPARATIVOS DE VIAJE

*¡Adiós, departamento amueblado!, 2 de febrero de 1975
en ¿Olvida usted su equipaje?, p.131-132.*

“Penzance, Cornwall. -No vine aquí por casualidad. La primera vez que oí hablar de Cornwall fue hace más de treinta años.

Estaba yo sentado en el cine Alameda viendo una película que se llamaba *La posada maldita (Jamaica Inn)* que, después supe, es considerada por el que la dirigió, Hitchcock, como uno de sus peores fracasos.

Según aquella película, Cornwall es un lugar siempre oscuro -no hay una sola escena filmada de día-, una costa rocosa llena de arrecifes y siempre hay tempestad. Sus habitantes pasan la mayor parte del tiempo apagando o cambiando de lugar las luces de posición de los arrecifes más peligrosos, con el objeto de hacer que los barcos se estrellen contra las rocas para saquearlos.

Con historias tan negras en la mente asomo a la ventana y miro asombrado la mañana acapulqueña, el mar como un plato, el cielo azul, las gaviotas gritando, y un pajarito que está en el jardín, matando una lombriz.

Estoy viviendo en la parte de la ciudad situada en un promontorio que divide la bahía de Penzance y la de Newlyn.

Si salgo a la calle, encuentro una ciudad pequeña, próspera, inmaculada, habitada no por los rufianes de *Jamaica Inn*, sino por la gente más bien educada que he conocido."

MALA FAMA

Lugar de naufragios

28 de febrero de 1975

en La casa de usted y otros viajes, p. 274-275.



“Los egipcios son apasionados y gritones -junto a ellos, los italianos son flemáticos - y usan el idioma, lleno de jotas -dicen cosas como “baja de la baraja”-, no para darse a entender, sino para causar confusión, justificar su actitud e imponer su voluntad.”

MISTERIOS TURÍSTICOS

La huída a Egipto

21 de marzo de 1975

en La casa de usted y otros viajes, p. 280.

“La cerveza egipcia es excelente y viene en botellas de tres cuartos de litro que cuestan cuarenta piastras -nueve pesos-. Cada vez que un cliente no puede terminarse los tres cuartos de litro y deja el resto en la botella, los mozos se la llevan a la cocina y allí la rellenan con los restos de otras. En los quince días que estuvimos en Egipto mi mujer y yo tomamos aproximadamente cien cervezas, unas venían con espuma, otras estaban muertas, unas estaban frías, otras no, unas eran buenas, otras, horribles, pero nunca llegó a la mesa una que estuviera tapada.

El penúltimo día en Egipto, mi mujer y yo descubrimos un coñac egipcio que se llama *Lord Castle*, que casi nos mató.”

HOSPITALIDAD EGIPCIA

Aventura de cerveza y de coñac

18 de abril de 1975

en La casa de usted y otros viajes, p. 293-294.

“Mi viaje terminó un mes antes de lo que estaba planeado.

Una enfermedad fulminante y un fallecimiento en la familia lo cortaron de manera inesperada, rápida y definitiva. La sensación que este acortamiento me produce es semejante a la que tengo cuando el mesero se lleva mi plato antes de que yo tenga tiempo de protestar, con el último trozo de filete -probablemente el más suculento- intacto.

El consuelo que queda en estos casos consiste en pensar qué peor hubiera sido que se llevaran el plato antes, y concentrar

la atención en lo que acaban de ponerle a uno enfrente: generalmente un flan.

En mi caso, para salir de la metáfora, el flan es la ciudad de México.

¿Qué cómo la encuentro? Pues muy rara, pero igual, nomás que peor.”

COYOACÁN REVISITADO

Los ojos del repatriado

20 de junio de 1975

en *La casa de usted y otros viajes*, p. 310.

“Al escribir *Estas ruinas que ves* traté de evocar mis experiencias en una ciudad de provincia. No me pasó por la mente ni corregirla ni denunciarla, un mucho menos -esto sería una idiotez- “ajustar cuentas” con ella. Traté de revivir un pasado irrecuperable y dejarlo ordenado y guardado en un libro. Esta aspiración puede no gustarles a algunos, pero es legítima.

Por último, quiero advertir, para que nadie más se desencamine, que si mi intención hubiera sido criticar a la provincia o satirizarla, hubiera hecho que los personajes que vienen de la capital -que son Aldebarán, Rocafuerte, Espinoza y Rivarolo-, tuvieran un comportamiento que quedara por encima de las veleidades de los provincianos, cosa que no ocurre en ningún momento.”

RISA SOLEMNE

Busque otro autor

17 de junio de 1975

en *Ideas en venta*, p. 73-74.

“Todo empieza con una imagen: una mujer joven que en el atardecer entra en un parque sombrío, se sienta en una banca y empieza a leer las cartas que acaba de recibir de un hombre que está ausente. Mientras la mujer se sumerge en la lectura, una niña que la acompaña canta canciones pasadas de moda, Un viejo amor, por ejemplo.

¿De dónde sale esta imagen? De algo que me contó mi madre. Ella es la mujer joven, la niña es una tía mía, prima

suya, quince años menor que ella, el hombre ausente es mi padre. Todos difuntos. Por alguna razón, esta imagen que está en mi subconsciente desde hace treinta años, me hace pensar: “es que atrás de esto hay un libro”.

Este libro es *Estas ruinas que ves*, en el que nadie lee una carta, ni nadie entra durante el atardecer a un parque sombrío, ni aparece una niña que cante *Un viejo amor*.”

ESTAS RUINAS QUE VES
en *Autopsias rápidas*, p. 90-91.
Excélsior 4 de febrero de 1975

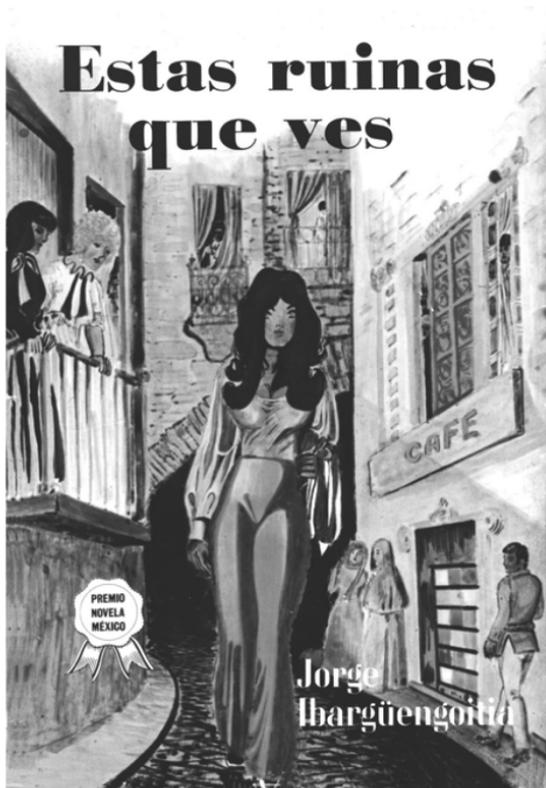
“Creo que el proceso de composición de *Estas ruinas que ves* fue más o menos así: al tratar de evocar una ciudad conocida y real, construí en mi mente -y también en el libro-, otra que es imaginaria, parecida y autosuficiente. Al poblar esta ciudad inexistente la llené de personajes imaginarios, excepto dos, secundarios -los Pórticoque son caricatura muy esquemática de un matrimonio que fue amigo mío en otra época, y de un tercero -Sebastián Montaña- que está -tengo que decir la palabra- “inspirado” en un hombre de quien oí hablar mucho, a quien vi media docena de veces y con quien crucé no más de doce palabras. Los personajes imaginarios y los semiimaginarios ejecutan durante el desarrollo de la novela una serie de acciones que no son originales ni notables pero que me parecen propias de ciudad de provincia.

El narrador de *Estas ruinas que ves*, a diferencia del general Arroyo con el que nadie tiene por qué confundirme, tiene en común conmigo la profesión -es maestro de literatura- y el estar escribiendo un libro acerca de las hermanas Baladro -unas madrotas en cuya casa fueron encontrados varios cadáveres-. Esta circunstancia ha hecho que la novela haya sido leída en Guanajuato y en México como lo que precisamente no es: un *roman á clef*. Los hechos que en ella se narran son tan comunes que pueden haberle ocurrido a cualquiera, los personajes ficticios se parecen a personas vivas o muertas pero, excepto en los casos que anoté, no son alusión directa a nadie. Sé de una señora que dijo “ser la madre de Gloria Revirado”. Lo siento mucho, pero no es la madre de Gloria Revirado, porque afortunadamente Gloria Revirado no existe.

Sin ser novela perfecta, *Estas ruinas que ves* tiene pasajes que considero entre lo mejor que he escrito, como por ejemplo, la relación amorosa entre Paco y Sarita, el paseo por los cerros que dan alrededor de la ciudad el marido y el amante, “la noche blanca” en que la tertulia descubre que Sarita no lleva ropa interior, y el letrero luminoso que se enciende todas las noches a la misma hora en el techo de una iglesia, dice, “venid pecadores, venid a pedir perdón” y marca para los amantes el tiempo justo de despedirse para que no los encuentre el marido.”

BREVE RELACIÓN DE ALGUNOS DE MIS LIBROS

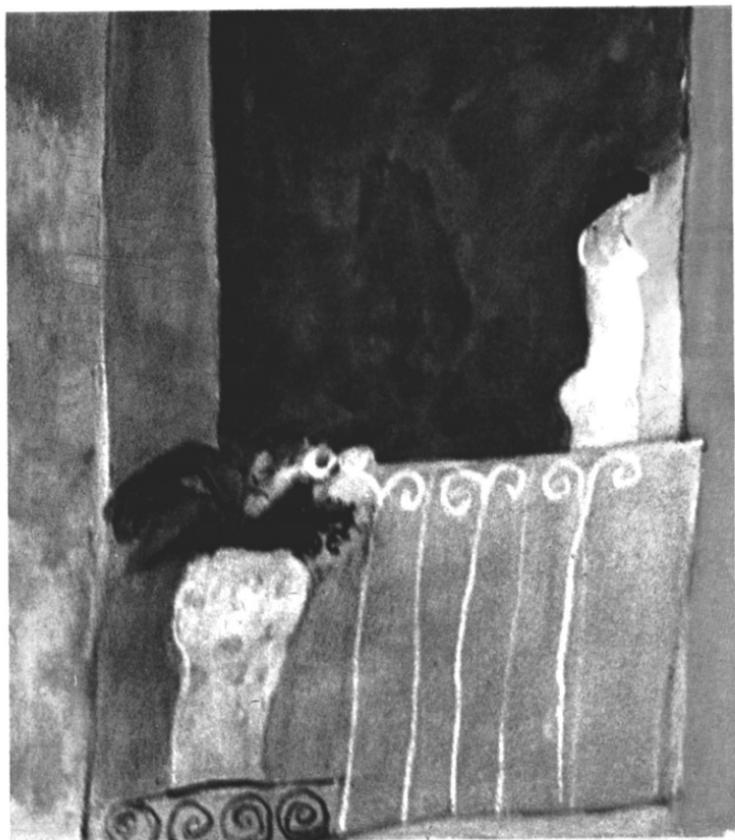
Memorias de novelas
en *Autopsias rápidas*, p. 76-77.



Estas ruinas que ves



Jorge Ibargüengoitia



Jorge Ibargüengoitia

*Autopsias
rápidas*



Vuelta



“Cuando Julio Scherer me invitó a escribir en *Excelsior*, me dijo más o menos:

-Quiero que usted escriba una vez a la semana artículos sobre cualquier asunto que le interese.

Mientras él hablaba yo pensaba que mi vida periodística iba a durar aproximadamente un mes. Cuatro artículos, creía yo, bastaban para poner todo lo que yo tenía que decir. Sobre todo, la idea de tener que sentarme a escribir todos los lunes, como una gallina que pone un huevo, me aterraba.

Entre estos pensamientos y la actualidad hay seis años y medio, más de seiscientos artículos, que reunidos darían un libro de cuatro o cinco tomos que afortunadamente no tengo que volver a leer.

¿Estoy satisfecho con mi columna? Francamente sí. En todos sentidos: como rutina es la más agradable que he tenido en mi vida. ¿Cuántos asalariados pueden decir lo que yo he estado diciendo varios años: ‘los lunes a las doce y media termina el trabajo de la semana’?

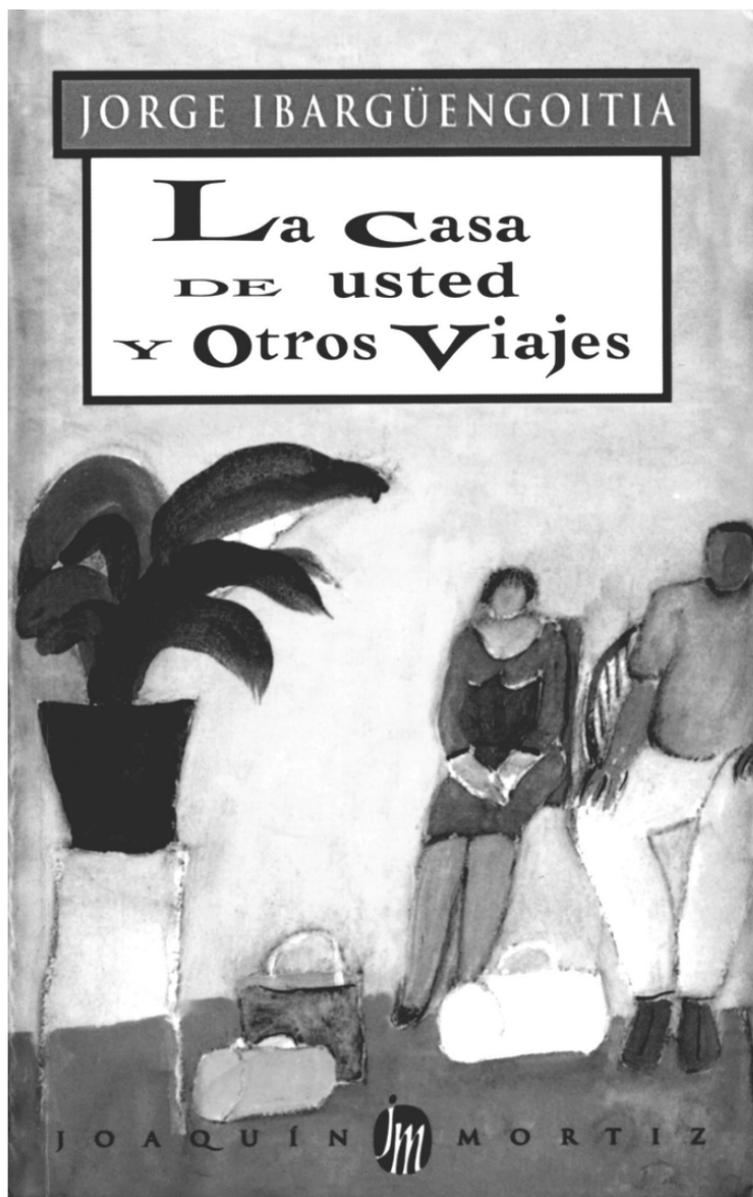
En cuanto a lo escrito, después de hacer la consideración consabida de que sólo un genio puede ser genial cada martes y viernes, debo admitir que hay artículos -unos cuantos- que me dejan satisfecho y que, dentro de las restricciones peculiares del género, tienen una calidad que no desmerece al compararlos con otras cosas que he escrito con mucho más cuidado.”

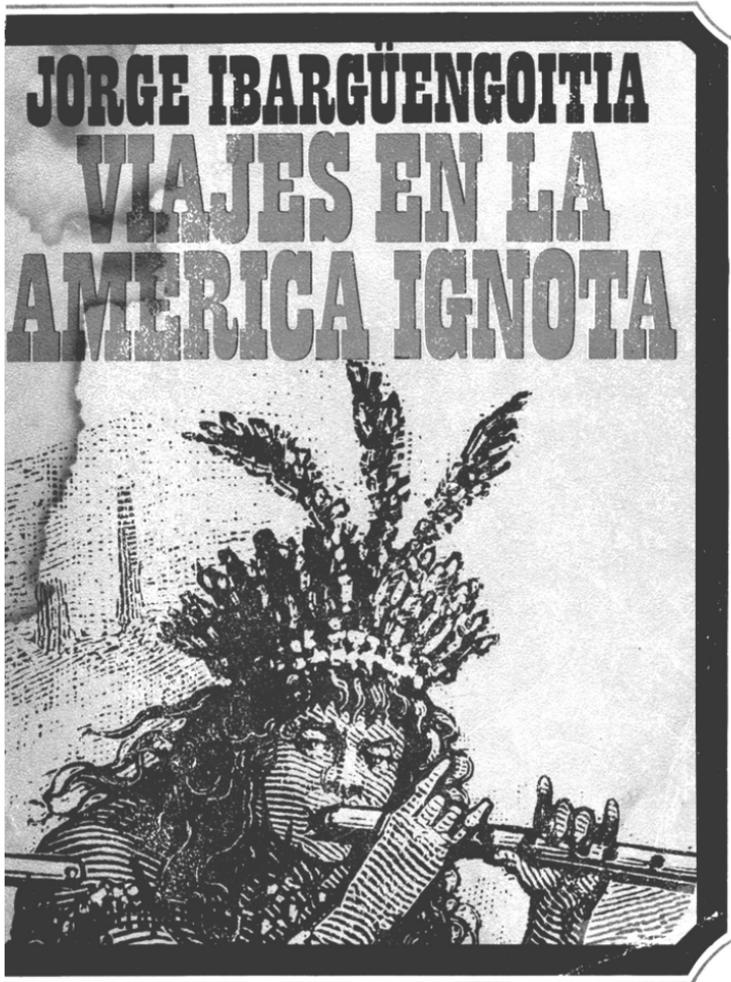
*Notas sobre la selección y la edición
Junio de 1975, en Autopsias rápidas, p. 8*

Obras de Jorge Ibargüengoitia

Instrucciones para vivir en México

J O A Q U Í N  M O R T I Z







1977

“A fines de 1964 hice una investigación desordenada sobre el caso de las Poquianchis y escribí un cartapacio de unas cien páginas que no es ni reportaje ni ensayo ni novela, que no me gustó cuando lo leí terminado y que no me sirvió de nada. En 1965 decidí que había que escribir una novela sobre el tema. En 1970 trabajé varios meses con este fin –“trabajar” en esa época consistió en sentarme en el escritorio frente a una hoja en blanco y luego acostarme en el diván a esperar a que se ocurriera una idea-. Con muchos trabajos produje unas ciento cincuenta páginas que luego tiré en la basura.

Al principio de *Las muertas* hay una advertencia: algunos de los acontecimientos que aquí se relatan, dice, son reales, todos los personajes son imaginarios. “Los acontecimientos” son el caso de las Poquianchis, uno de los más memorables en la historia criminal de México. Descubrir los datos no fue cosa fácil, porque sobre las mentiras que la prensa dijo y las verdades que olvidó decir se podría escribir otro libro más escandaloso que el que se escribió.

El expediente legal del juicio tiene más de mil hojas, tamaño oficio, escritas por las dos caras a renglón seguido. Algunas de las declarantes tienen hasta cuatro nombres de pila -A, alias B o C, también conocida como D-, otras se presentaron con tres pares de apellidos; en cambio, nadie pudo recordar el nombre de una de las muertas. Leí los periódicos y

Jorge Ibargüengoitía

LAS MUERTAS

parte del expediente, pero no entrevisté a ninguno de los protagonistas.

Un suceso semejante al ataque a la panadería que ocurre en el primer capítulo del libro aparece en las actas, lo mismo que el pasaje del segundo en el que las hermanas le piden al amante de una de ellas que las lleve en su coche a dejar un cadáver en la carretera. De las relaciones entre los modelos reales de Serafina y Simón Corona no aparece en el expediente más que la siguiente frase: “vivía con ella a veces y a veces no, porque ella tenía un carácter muy difícil.”

Ocurrió en la realidad que fue aprobada una ley que prohibió la prostitución en Guanajuato y que las hermanas González Valenzuela se mudaron con sus mujeres a Lagos, en donde ya antes habían abierto un cabaret; también ocurrió que ese último burdel fue clausurado a fines de 1963 a consecuencia de un incidente en el que perdió la vida el hijo de una de las hermanas. Aparece en las actas que las hermanas regresaron de noche, en coches de alquiler, al estado de Guanajuato y que vivieron durante varios meses con veintitantas mujeres en uno de los burdeles que había sido clausurado y cuyas puertas estaban selladas. En las declaraciones se dice que el capitán Águila Negra hizo este viaje sentado junto a la ventanilla del primer coche, con la gorra puesta, “por si había alguna dificultad con la policía”, dice también que iba apretujando a las mujeres que viajaron con él. Las González Valenzuela -las Baladro de la realidad- trataron durante mucho tiempo, por medio de coyotes y de licenciados, de conseguir una licencia para abrir un negocio en Jalisco, en donde es permitida la prostitución, pero no lograron su intento.

La muerte de Blanca -y su nombre- está en las declaraciones: una mujer, el cadáver más antiguo, tuvo hemiplejía,

trataron de curarla aplicándole planchas calientes hasta que la mataron y cuando vieron que se estaba muriendo trataron de revivirla dándole a beber cocacola.

Las mismas que trataron de curarla la enterraron sin que las otras mujeres de la casa se dieran cuenta de lo que había pasado.

La vida de Blanca, su carácter y los dientes de oro, son ficción. Dice en las actas que dos mujeres murieron al caer de un segundo piso durante un pleito, que otra murió “a chancletazos” que le dieron sus compañeras, y que otras fueron muertas a tiros cuando trataban de escapar. También aparecen en las actas los zopilotes, que fue imposible ahuyentar. Casi todo lo demás que aparece en el libro es ficción.”

BREVE RELACIÓN DE ALGUNOS DE MIS LIBROS

*Memorias de novelas
en Autopsias rápidas, p. 76-78.*

“*Las muertas* es una novela muy anormal, es como una novela gótica de destripados. Haberla inventado sería como inventar a Jack el Destripador que sería muy difícil y completamente inútil.

Los hechos, los sucesos me interesaron en cuanto que ocurrieron y me permitieron tener una trama interesante y correspondiente a una realidad social.

En el caso de “*Las Poquiachis*” hubo una cantidad de información y toda o casi toda está llena de mentiras. De cada diez palabras que se escribieron sobre el caso, nueve eran mentiras: es uno de los casos más tristes de información periodística. Además, presenta todas las taras del periodismo: sensacionalismo, morbosidad, pasiones; hubo que quitar y quitar material hasta dejar un esqueletito que es la visión que tengo de este caso y creo que corresponde en general a él, según fue juzgado.”

JORGE IBÁRGÜENGOITIA

LOS HISTORIADORES ECHAN A PERDER LA HISTORIA

por René Delgado

26 de diciembre de 1977



LIBRO
D
M
A
N
O

JORGE
IBARGÜENGOITIA



Las
muertas

grijalbo mondadori



Jorge Ibarguengoitia

LAS MUERTAS



Editorial Sudamericana

“[En París] Mi esposa encontró la casa de Jack gracias a un anuncio clasificado: “Trocadero. Cinco piezas, amueblado, quinto piso”. Hizo cita y fue a verlo. Regresó con la siguiente apreciación:

–El dueño me cae bien porque le gusta la copa. Los muebles son muy pesados.

Decidimos ir a ver juntos la casa de Jack.

La primera impresión es siempre excelente. Se entra por un gran patio en el que hay dos castaños, el elevador parece que fue hecho para transportar a Edwige Feuilliere, las perillas de la puerta están resplandecientes. Jack es un hombre de barba blanca pero sin bigote, como el capitán Ahab, es americano y se describe a sí mismo como un abogado que trabajó en el Departamento de Estado y está retirado, tiene treinta y cinco años de vivir en Francia, su mujer y sus hijas son francesas y él dice “*foutre!*”.

Tal como había observado mi mujer, los muebles de Jack son pesados, no sólo porque no se pueden mover sino porque producen en el alma una especie de desaliento. Las alfombras son del color del vino de Burdeos, el baño ha sido dividido y diseminado en tres rincones del departamento. En cambio, las proporciones de los cuartos son espléndidas y desde el balcón corrido en forma de L se ve de un lado el Arco del Triunfo y del otro la Torre Eiffel.”

EN PRIMERA PERSONA

Un lugar donde quedarse

Vuelta No. 82, septiembre de 1983

en *La casa de usted y otros viajes*, p. 221-223.

“Este viaje tuvo para mí, de novedad, que es el primero que no comparto con alguien que se queda aquí. Es la primera vez que salgo del país sin dejar en casa a dos parientas viejas que dependían de mí para su sostenimiento, cuidado y regocijo -y me lo decían en cada carta-. Esta falta de cordón umbilical, pude observar, no sólo aumenta la movilidad del viajero, sino que modifica radicalmente sus relaciones con el país de origen.

Yo les escribía dos o tres veces por semana dándoles cuenta de mis pasos, elaborando de esta manera una relación de viaje muy censurada y propia para ancianas. Ellas me contestaban en cartas escritas con la letra angulosa del Sagrado Corazón -y ortografía muy deficiente-, en las que me repetían cada vez que de salud estaban bien, gracias a Dios -cosa que a veces era mentira-, y me daban una cuenta desordenada y llena de omisiones, pero muy concreta, de los acontecimientos de la semana.

Como resultado de esta correspondencia yo viajaba con los ojos fijos en lo que tenía enfrente, pero con parte del cerebro llena de imágenes mexicanas, ociosas, pero persistentes: las hortensias del jardín, la llegada del amigo viejo e irreconocible, la vista exterior del edificio bombardeado, etcétera.

Con la muerte de las viejas esto se acabó, como también se acabó para mí *Excélsior*, que fue la otra atadura que durante varios viajes me unió con la patria.

Era una labor que cuando la hice me pareció muy sencilla y que ahora me parece grotesca. Su mayor defecto era que no podía yo ver algo interesante sin que automáticamente parte de mi mente empezara a tratar de explicárselo a un lector mexicano -abstracto, pero no muy listo-. Había que recurrir a términos de comparación desconocidos: algo es más ancho que la avenida Juárez. Había que tener en cuenta prejuicios: los miembros provisionales del ERI, a pesar de ser católicos, son unas bestias.

Un defecto menor, pero más molesto, consistía en que a veces no podía concentrarme en lo que estaba viendo por tratar de recordar el asunto del que estaba escribiendo. Todo esto, afortunadamente, también se quedó atrás. El último viaje lo hicimos mi mujer y yo solos, sin necesidad de compartirlo con algún ausente, ni de comentarlo en público. Nuestras amistades quedaron en suspenso y nuestras relaciones con México se redujeron a la correspondencia..."

EN PRIMERA PERSONA

El fin de un viaje

Vuelta No. 10, septiembre de 1977

en La casa de usted y otros viajes, p. 313-315.

1978

“Primera semana de enero

Joy y yo estamos pasando unos días en Cuernavaca. El motivo de este corto viaje es que la ciudad de México está cada vez más horrible y no se le ven trazas de componerse, por lo que hemos concluido que eventualmente tendremos que emigrar a provincia.

En busca de futuro acomodo, empezamos por el lugar más cercano y más obvio, que es Cuernavaca.”

LA VIDA VISTA A LOS CINCUENTA AÑOS
en Autopsias rápidas, p. 282.



“18 de enero

Hoy es mi debut en la televisión. Cada semana, los miércoles, haré un comentario sobre cualquier tema, en dos minutos, en medio de un programa de noticias. Los reflectores, las cámaras y el apuntador me inhiben y hacen que mi mente funcione como alguien que anda a oscuras en un cuarto desconocido, pero pasados los dos minutos me siento tan liberado que casi me dan ganas de repetir la experiencia.”

LA VIDA VISTA A LOS CINCUENTA AÑOS
en Autopsias rápidas, p. 283.

“22 de enero

Hoy cumplí cincuenta años. Es mentira que el signo de madurez consista en que uno empieza a sentirse más joven. Hoy me siento más seguro que cuando cumplí veinte años, más rico que cuando tenía treinta, más libre que cuando cumplí cuarenta, pero no me siento más joven que en ningún otro momento de mi vida. Siento también que el camino que escogí está más de la mitad andado, que ni me malogré ni he alcanzado las cúspides que hubiera querido escalar; que el pasado tiene otra textura, que varios enigmas se han aclarado, historias que parecían paralelas han divergido, muchos episodios han terminado. Cada año que pasa tengo más libros que quisiera escribir y cada año escribo más lentamente. Si vivo ochenta años, cuando muera dejaré un montoncito de libros y me llevaré a la tumba una vastísima biblioteca imaginaria.”

LA VIDA VISTA A LOS CINCUENTA AÑOS
en Autopsias rápidas, p. 284.

IRMA LOZANO
J. IBARGÜENGOITIA
M. ANGEL ASTURIAS
TROTZKY
WILLIAM WYLER
HOY MIERCOLES



7:30
de la noche
LA NOVELA SEMANA PRESENTA



"LA IMPOSIBLE CANCION"
DE: CARMEN MIEZA
CON: IRMA LOZANO, ERIC DEL CASTILLO
y BEATRIZ AGUIRRE

8:30
de la noche

MOTITRECE DOS MINUTOS CON JORGE IBARGÜENGOITIA

José Ramón Fernández (Deportes) Locutores: Marta de la Lama
Carmina Martínez y Servando González Coordinación: Guillermo Jordán

9:00
de la noche

CONSTR. CUENTOS

PRESENTA
"OCELOTE 33"
De: Miguel Angel Asturias
con: **MARIA ROJO**
SERGIO JIMENEZ
Y JOSE CARLOS RUIZ



9:30
de la noche

LUIS SPOTA PRESENTA EN

"DIEZ DIAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO"

EL LUJO, LA OPRESION, EL DESORDEN Y LA ANGUSTIA DEL FINAL DE LA RUSIA. ZARISTA, LENIN, TROTSKY Y LOS ALBORES DE LA REVOLUCION EN UNA SOCIEDAD DESTINADA A MORIR.

1a. PARTE.

10:30
de la noche

ULTIMA FUNCION
CICLO WYLER, FAVORITO DE LA CRITICA

PRESENTA



"LA MENTIRA INFAME"
CON:
AUDREY HEPBURN
SHIRLEY MACLAINE
DIR. **WILLIAM WYLER**



1979

“PUNTO FINAL. 21 de abril.

Hoy terminé de corregir las pruebas de mi nueva novela que se llama *Dos Crímenes*. Al llegar a la última página impresa comprendo que la novela está terminada y que ya nada me queda por hacerle. En vez de alegrarme, como yo hubiera esperado, me da tristeza. Este libro, que escribí durante veinte meses con cierta exasperación, llegó a ser parte importante de mi vida y ahora que lo he acabado me siento desnivelado. Supongo que es hora de comenzar otro libro y eso equivale a caminar por veredas llenas de piedras.

Cuando empecé a escribir *Dos crímenes* tenía intenciones de hacer una novela “rápida y fácil”, que contrastara en todo con *Las muertas* que fue la anterior. Hubiera querido hacer un divertimento, como los que escribía Graham Greene entre sus



novelas “serias”. Ahora, veinte meses después, sé que quizá los divertimentos diviertan a los lectores, pero el que yo escribí me costó tanto trabajo, o más que mi novela “seria”.

Creía que iba a ser relativamente fácil, porque partí de una anécdota interesante y llena de incidentes, que permiten la creación de situaciones dramáticas y facilitan la caracterización de los personajes.

La anécdota varió poco y en general puedo decir ahora que todo salió a pedir de boca. Atribuyo la dificultad que tuve al escribir esta obra a un obstáculo que yo mismo me puse. En un conjunto imaginario introduje un personaje que al principio fue el retrato de una mujer que existe en la vida real y que me parece detestable. La metí en la obra con intención de maltratarla y me

salió el tiro por la culata. Fue como meter en el jardín de mi casa una estatua de Juárez. En el momento en que el personaje entraba en escena, los demás enmudecían -incluyendo al autor-. La fui arrastrando más de un año, hasta diciembre, época en la que ya no la pude aguantar.

Decidí transformarla y logré esto con una facilidad que me asombra.

No le cambié el nombre ni el peinado ridículo ni los pelos pintados de rubio. Taché la palabra “cabezona” con que la describía en la primera versión de la obra y le puse pescuezo -cosa que el original no tiene-, le aumenté diez centímetros de estatura, la hice un poco morena, en vez de blanca lechosa, y dejé traslucir que ha sido guapa -cuando ocurre la acción es jamona-. Santo remedio. El narrador la seduce en el capítulo V y eso le da a la novela un equilibrio que yo encuentro satisfactorio.”

EN PRIMERA PERSONA

La vida en México en tiempos de Hank González

21 de abril de 1979

en *La casa de usted y otros viajes*, p. 161-162.

Jorge Ibarretengoitia



Dos crímenes



AVE FENIX

JORGE IBARGÜENGOITIA

Dos crímenes



Dos crímenes



Jorge Ibargüengoitia



1982

“Sobre los defectos de la novela [*Los pasos de López*].

No admito la observación que hizo alguien: que prescindir del Pípila sea un defecto de la novela. Ésta trata la toma de Cuévano y de la Troje de la Requinta, no la toma de Guanajuato y de Granaditas. Son dos batallas diferentes, y la que yo inventé la escribo como me da la gana. El episodio del Pípila siempre me ha parecido una tontería piadosa: el minero humilde arriesga la vida y vence al Imperio español. Si lo hubiera incluido en la novela, empezaría así:

“Al ver la calle llena de muertos, Periñón llama a un hombre que está parado en la esquina y le dice:

-¿Cómo te llamas, muchacho?

-Me dicen el Pípila, señor cura.

-Bueno, mira, Pípila, coge esa piedra y pónstela en la cabeza, coge esa tea, ve a aquella puerta y préndele fuego”.

Prefiero el “Niño” y el cañonazo. El Pípila histórico, si es que existió, requiere una docena de Pípias, que son los que llevan la leña y la dejan contra la puerta, y es la fogata lo que incendia la puerta. Con una tea no se quema una puerta de alhóndiga.

La idea de que ciertos nombres son de farsa y otros no, puede ser aristotélica pero no es interesante. Si uno de mis curas se llamara el Abate Melcachote admitiría que el nombre está fuera de lugar en la novela, pero Pinole y Manubrio me parecen tan sobrios como Chandón y Periñón -que son marcas de champaña.”

UNA RÉPLICA A ANTONIO ALATORRE
en *Autopsias rápidas*, p. 88.

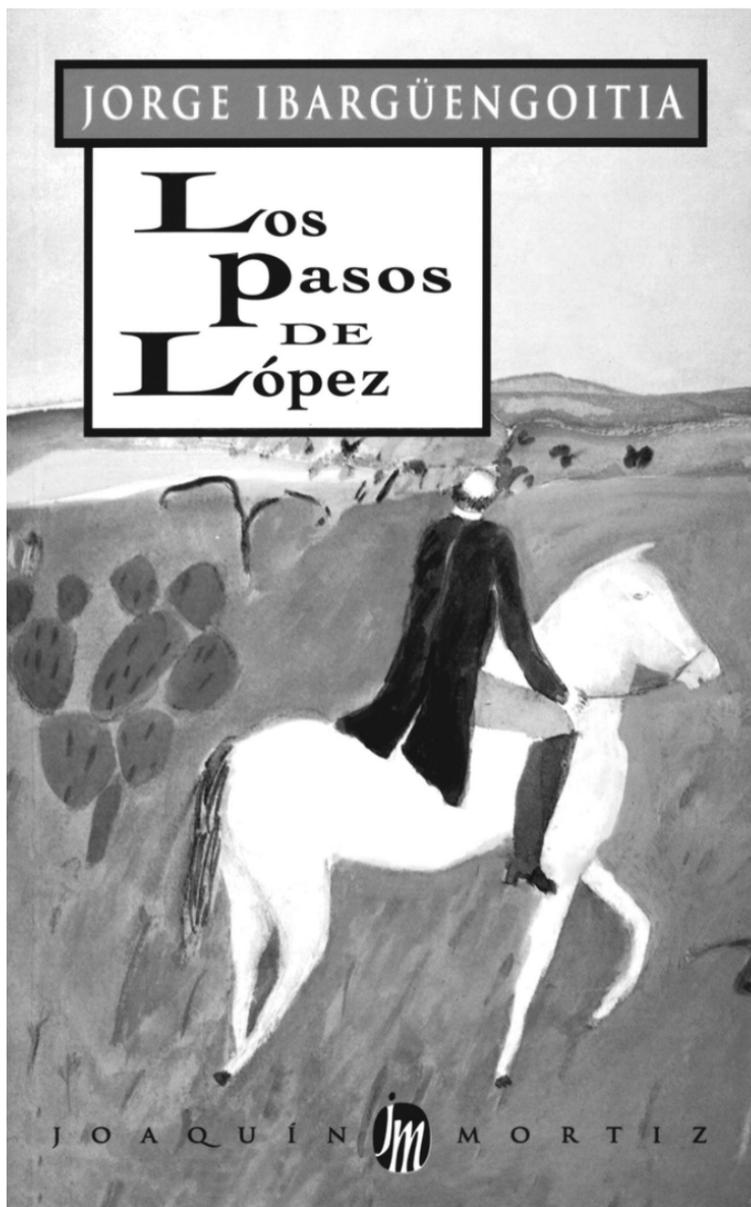
■ En primera persona

IBARGÜENGOITIA

LOS PASOS DE LOPEZ



EO
oceano





1983

“Yo paso los días en París y las noches en México. Si los sueños tuvieran acotaciones como obra de teatro, los malos dirían “la acción se desarrolla a veces en la ciudad y otras en la provincia, pero siempre en México”.

En un sueño tomé un camión.

-No sé por dónde vamos -me dijo el chofer- porque han abierto calles nuevas.

Y fuimos por las calles nuevas, entre muros de adobe, fresnos y bardas tumbadas. No supe a dónde llegamos.

Cuando despierto de México asomo a la ventana y veo un panorama completamente distinto: el patio del colegio de niñas con sus cuatro castaños, el techo de la casa elegante que mi mujer y yo hemos dado en llamar “el Ministerio de Misterio”, la línea quebrada de las mansardas de la avenida Víctor Hugo o, a lo lejos, como un borrón contemporáneo, el copete del Concorde Lafayette. Estoy en París.

Unos amigos compraron un terreno en Coyoacán y me llevaban a verlo. Nos paramos en un cascajo y estuvimos mirando los muros de colindancia. Luego ellos empezaron a ir de un lado para otro.

-Aquí queremos una terraza -decían-. Las recámaras tendrán vista al jardín. En aquél rincón estará la cocina.

Salimos a la calle y fuimos caminando. Al cabo de unas cuadras nos detuvimos en la entrada del “Centro Cultural de Coyoacán”. En una jaula pequeña de concreto había dos coyotes dando vueltas. Además de enjaulados estaban amarrados. Eran las mascotas de Coyoacán.

La carne que les habían dado estaba pudriéndose.

Cuando regresé a la casa le dije a mi esposa:

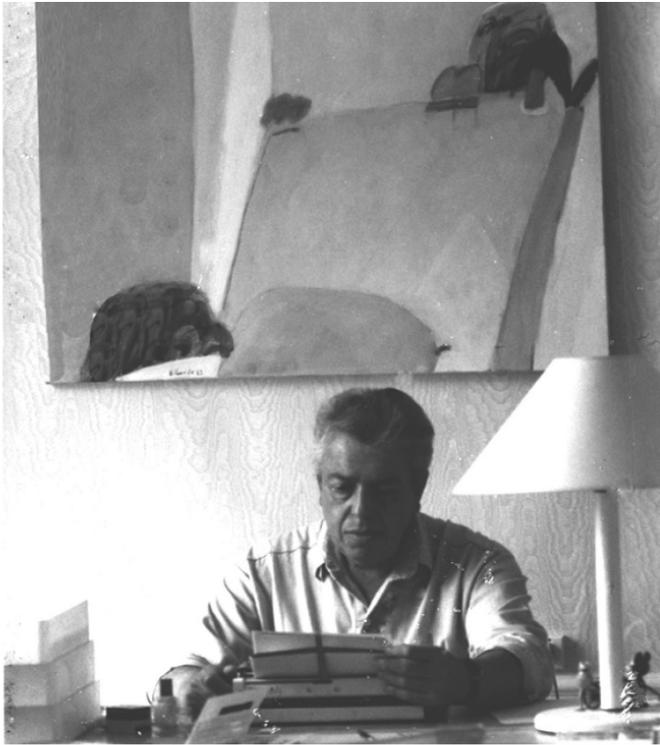
-Yo creo que ya acabé de estar aquí. No quiero seguir viviendo en la ciudad de México. ¿Por qué no vendemos la casa y nos vamos de viaje cinco años? A ella le pareció buena idea. Por eso ahora paso los días en París y las noches en México.”

EN PRIMERA PERSONA

Exiliados, Vuelta No. 81, agosto de 1983

en La casa de usted y otros viajes, p. 186-188.





JOY LAVILLE

“Jorge estaba trabajando en una novela que, tentativamente, iba a llamarse *Isabel cantaba* cuando llegó la invitación para el encuentro de escritores en Colombia. Camino a ese encuentro, ya se sabe, ocurrió el accidente.

Vivíamos en París desde hacía algunos años, sin frecuentar a mucha gente. No pocas de las cenas que hacíamos en casa con amigos fueron cocinadas por Jorge. Le gustaba inventar recetas y mezclaba, con mucho acierto según nuestros amigos, la cocina italiana con la mexicana. Hacía muchos platos diferentes y disfrutaba especialmente hacer las compras para la cena. Sobre todo con la vida de barrio que hay en París, donde cada uno de los comerciantes (el de los quesos, el de los vinos, el del pan) ya conocía a Jorge, lo aconsejaba y lo complacía en sus gustos.

A Jorge le gustaba mucho caminar en París. Se convirtió en lo que los franceses llaman un *flaneur*: alguien que pasea por las calles disfrutándolo muchísimo todo lo que se ve, sin un rumbo muy fijo y disponible siempre a la sorpresa. Caminar al lado del río era un gran placer, así como recorrer los puestos de *bouquinistes*: los libreros de viejo que tienen sus pequeños puestos sobre los muelles del Sena.

Hay algunos barrios en los que las calles mismas son muy agradables y Jorge llegó a conocer muy bien la ciudad. Hacía esas caminatas generalmente por las tardes, porque en las mañanas escribía y era muy riguroso consigo mismo en la continuidad de su trabajo. Por las mañanas cada uno se hacía su propio desayuno. El mío era muy escueto mientras que a Jorge le gustaba más bien que fuera abundante. Luego escribía en su estudio toda la mañana.

Cuando interrumpía su trabajo al mediodía se acercaba a mi estudio y me ofrecía un tequila. Tomábamos siempre algo juntos antes de comer. Después él leía acostado o escribía un poco, o salía a pasear.

Mantenia su estudio con un orden meticuloso. Escribía con máquina y le fascinaban todas las cosas que venden en las papelerías. Sus expedientes y cuadernos de notas eran también muy ordenados.

Siempre acompañaba su trabajo en las novelas con un cuaderno de reflexiones sobre el desarrollo de la trama y sus personajes. Disfrutaba enormemente el largo proceso de escribir y reescribir sus libros. Era un hombre fundamentalmente alegre: llevaba un sol adentro. Jorge era agudo, dulce y alegre.”

LLEVABA UN SOL ADENTRO

Vuelta, marzo de 1985

en Instrucciones para vivir en México, p. 11-12.

Índice

Presentación a la tercera edición
Dip. Francisco Arroyo Vieyra
Presidente de la Cámara de Diputados 7

Presentación a la segunda edición
Sen. Francisco Arroyo Vieyra
Vicepresidente Mesa Directiva del
Senado de la República 11

A manera de prólogo
José Argueta Acevedo 13

En primera persona
Cronología ilustrada de Jorge Ibarguengoitia 19

Directorio

Mesa Directiva

- Dip. Francisco Arroyo Vieyra**
Presidente de la Cámara de Diputados
- Dip. Patricia Elena Retamoza Vega**
Vicepresidenta
- Dip. José González Morfín**
Vicepresidente
- Dip. Aleida Alavez Ruiz**
Vicepresidenta
- Dip. Tanya Relistab Carreto**
Secretaria
- Dip. Xavier Azuara Zuñiga**
Secretario
- Dip. Ángel Cedillo Hernández**
Secretario
- Dip. Javier Orozco Gómez**
Secretario
- Dip. Magdalena del Socorro Núñez Monreal**
Secretario
- Dip. Merilyn Gómez Pozos**
Secretario
- Dip. Fernando Bribiesca Sahagún**
Secretario

Junta de Coordinación Política

- Dip. Luis Alberto Villarreal García**
Presidente de la Junta de Coordinación Política
Coordinador del Grupo Parlamentario Partido Acción Nacional
- Dip. Manlio Fabio Beltrones Rivera**
Coordinador del Grupo Parlamentario Partido Revolucionario Institucional
- Dip. Silvano Aureoles Conejo**
Coordinador del Grupo Parlamentario Partido de la Revolución Democrática
- Dip. Arturo Escobar y Vega**
Coordinador del Grupo Parlamentario Partido Verde Ecologista de México
- Dip. Alberto Anaya Gutiérrez**
Coordinador del Grupo Parlamentario Partido del Trabajo
- Dip. Ricardo Monreal Ávila**
Coordinador del Grupo Parlamentario Partido del Movimiento Ciudadano
- Dip. Lucila Garfías Gutiérrez**
Coordinador del Grupo Parlamentario Partido Nueva Alianza

En primera persona, Cronología ilustrada de Jorge Ibarguengoitia.
Edición Homenaje. XXX Aniversario Luctuoso.
de Horacio Muñoz Alarcón, se terminó de imprimir en el
mes de mayo de 2013 en los talleres de Diseño3 y/o León García
Dávila, Valle de San Juan del Río No. 10, Col. Vista del Valle,
Naucalpan, Estado de México.
Se tiraron 1,500 ejemplares en papel cultural de 75 grs.



CÁMARA DE DIPUTADOS

LXII LEGISLATURA